

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

TERCER PERIODO ORDINARIO DE LA XLII LEGISLATURA

29ª SESION ORDINARIA EXTRAORDINARIA

PRESIDEN EL DOCTOR ENRIQUE E. TARIGO (Presidente) Y EL ESCRIBANO PEDRO W. CERSOSIMO (1er. Vicepresidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑORES MARIO FARACHIO Y FELIX B. EL HELOU

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 28 de julio de 1987.

La CAMARA DE SENADORES se reunirá en sesión extraordinaria hoy martes 28, a la hora 17, para rendir homenaje al integrante del Cuerpo, señor senador Eduardo Paz Aguirre, fallecido en el día de la fecha.

LOS SECRETARIOS."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores **Aguirre, Batalla, Batlle, Capeche, Fá Robaina, Ferreira, Flores Silva, García Costa, Gargano, Guntín, Jude, Lacalle Herrera, Martínez Moreno, Mederos, Olazábal, Ortiz, Pereyra, Posadas, Pozzolo, Ricaldoni, Rodríguez Camusso, Senatore, Singer, Tourné, Traversoni, Ubillos, Zorrilla y Zumarán.**

FALTA con licencia el señor senador **Cigliuti.**

3) SENADOR EDUARDO PAZ AGUIRRE. Homenaje del Senado ante su fallecimiento.

SEÑOR PRESIDENTE. — Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 18 y 2 minutos)

El Senado se reúne hoy en sesión extraordinaria para rendir homenaje al señor senador Eduardo Paz Aguirre, fallecido en el día de la fecha.

SEÑOR SINGER. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR SINGER. — Señor Presidente: comprenderán los compañeros del Cuerpo que estamos realmente en el reino de lo inefable para poder expresar lo que sentimos ante la muerte de nuestro colega Eduardo Paz Aguirre.

No es posible encontrar la palabra adecuada para transmitir el cúmulo de emociones e íntimos conflictos que nos embargan hasta lo más profundo de nuestro ser y de nuestra alma.

La muerte es un accidente natural; sólo se precisa estar vivo para que ocurra. Pero, lógicamente, cuando se trata de la muerte impensable, imprevista, insospechable de un compañero que, a lo largo de más de 30 años fue un amigo del alma y con el que compartimos un lugar en este Cuerpo, uno al lado del otro —y no por casualidad, sino porque cuando nos incorporamos al Senado conversamos y decidimos estar juntos, y nos corrimos a estas bancas cuando el señor senador Hierro Gambardella renunció— estamos ante algo que trasciende todo lo que está en el plano de la lógica. Es, como decía Unamuno, "hay circunstancias en que la lógica y la cardíaca se dan de patadas", y esta es una circunstancia en que sentimos eso, por lo tanto, no creo que puedan tener mucha coherencia las palabras que nos sentimos en la obligación de pronunciar.

En 1953, hace 30 largos años, me encontré por primera vez con Eduardo Paz Aguirre. Se trataba de una circunstancia de militancia política. Yo estaba haciendo mis primeros palotes en la lucha partidaria y concurría a reuniones del Comité de la Juventud de un club que estaba ubicado en las calles Buenos Aires y Misiones: el Club "Ideas y Acciones", que presidía el antiguo dirigente de mi Partido, el señor Luis V. Toscano. Era una época en la que en esa área céntrica, en la Ciudad Vieja, había un núcleo muy importante de viejos dirigentes del Batllismo y de la Lista 15, hombres que cerraban filas en torno a Luis Batlle. En esta circunstancia los recuerdo con emoción y cariño porque a todos los conocí, de todos aprendí algo porque concurrí a todos esos clubes. Si mi memoria no me falla, aparte de don Luis V. Toscano, estaban don Ricardo Zaballa, don Daniel Correa, don Evaristo Garrido, del Club Gomensoro, y don Román Nilson. Todos ellos eran dirigentes de clubes realmente prestigiosos en los que nosotros nos formamos porque —lo digo con absoluta franqueza— no todos los de mi Partido eran así, pero los de esa zona eran verdaderas escuelas ciudadanas.

Una noche en que, siendo prácticamente adolescentes estábamos preparándonos para las elecciones internas de ese año —porque teníamos la voluntad y el ánimo de que se nos diera participación, de ocupar un lugar, de tener un espacio y poder concurrir a la Convención Departamental— invitamos a Eduardo Paz Aguirre, que era unos años mayor que nosotros y que ocupaba una posición importante en el partido desde el momento en que era secretario de Luis Batlle, quien era sin duda el líder del Partido Colorado, su figura más importante.

Esa noche lo conocimos y, después de la reunión en la que habló, nos fuimos junto con tres o cuatro amigos, caminando por la calle Buenos Aires y nos quedamos en el viejo Tupí Nambá a tomar un café y charlar de la situación del país y del partido. Fue allí donde Eduardo Paz Aguirre me convocó para ir al día siguiente al diario "Acción" a presentarme ante don Luis Batlle.

Esa noche —ahora el recuerdo me parece tan fresco e impresionante— quedamos amigos, porque él tenía esa virtud tan especial de hacer fácil la comunicación humana e intelectual; tenía esa simpatía vital que acercaba a la gente y, además, poseía esa calidad que hacía alarde de una capacidad de convocatoria hermosa hacia quienes se acercaban y coincidían con sus ideas. Todo esto lo hacía a uno —como fue mi caso en aquel lejano entonces— sentirse inmediatamente muy próximo e identificado con él.

A lo largo de tantos años, aún cuando por circunstancias que ahora no es del caso exponer, en el año 1965, después de la muerte de Luis Batlle, hubo un fraccionamiento de la antigua Lista 15, y Paz Aguirre y nosotros, dentro del partido, tuvimos opciones distintas, tomando por caminos diferentes. Sin embargo la amistad con Eduardo Paz Aguirre se mantuvo íntegra y sin fallas.

Digo, señor Presidente, que ésta es una de las crueldades del destino, que parecen muecas que a uno lo sublevan frente a algo que, de alguna manera, además —como en mi caso— nos hace morir un poco, porque perdemos a alguien que sentimos muy nuestro.

Qué podemos decir de este entrañable amigo que, desde aquel entonces, navegando juntos en el tormentoso mar de la política o caminando juntos en el sendero empedrado de obstáculos de la lucha política, vimos cómo él fue realizando —quizá en su caso particular como también en el mío por razones casuales sin ninguna duda— la carrera de los honores, desde el primer cargo electivo en 1954, cuando fue candidato por la Lista 15 a la Junta Departamental de Montevideo, donde actuó desde entonces con el brillo que todos le reconocemos, con talento, con dedicación, con ánimo de hacer y construir. El se sentía realizado en la acción política y en el efectuar cosas a través de ella para la comunidad y para el país.

En 1958, a pedido de Luis Batlle, hizo su primera gran campaña política como candidato a diputado por el departamento de Canelones; fue electo y, a partir de ese entonces, integró siempre el Parlamento, primero en la Cámara de Diputados y después, en este Senado, haciendo —como decían los romanos— la carrera de los honores.

Pienso —y tengo la absoluta convicción de ello— que por su trayectoria, por su talento, por su experiencia, por sus conocimientos y por su carisma, estaba llamado a ocupar, sin ninguna clase de dudas, posiciones más altas que ésta tan elevada como senador de la República.

Lalo Paz Aguirre era un hombre que hacía honor, en todos los aspectos de su vida a su buena madera, a su sólida estirpe y hoy su familia pierde a un integrante que era el eje central de toda ella. Sus amigos y compañeros perdemos a un hermano con quien podíamos compartir los momentos de dificultades e incertidumbres serias y hondas, lo que no es fácil. Además, podíamos encontrar juntos, a través de una búsqueda común, algún camino.

El Partido Colorado pierde a una de sus figuras de primera fila; a una de sus espadas primeras, en cualquier plano y dimensión con que se quiera ver.

La Lista 15 que él integraba y por la que tenía una verdadera devoción, se queda —aunque en aquel entonces tan lejano era un adolescente— prácticamente sin uno de sus fundadores.

Luis Batlle —lo recuerdo perfectamente bien— que era un hombre que con todo su inmenso calor humano no trasmitía con facilidad cierto tipo de emociones íntimas, en lo que a Paz Aguirre se refería dejaba traslucir con claridad una verdadera debilidad, en el mejor sentido del término, seguramente producto del inmenso cariño que por él sentía y también, en la distancia, de la admiración que tenía por ese hombre joven y brillante que siempre fue.

En el Senado perdemos a uno de los mejores compañeros —no cabe ninguna duda— a un senador brillante. Además —me atrevo a afirmarlo, porque me nace del corazón y creo que no me equivoco en esto— era un compañero que desde todos los sectores, desde todas las bancas, era profundamente querido y hondamente respetado.

Sucedía eso porque, entre sus innumerables cualidades tenía no sólo la de ser derecho sino, como en campaña a veces suele decirse, era siempre el mismo, "cortado de arriba abajo o por cualquier costado". En la controversia, además, era directo, frontal, no buscaba caminos laterales y mucho menos torcidos para expresar lo que sentía y en lo que creía.

Por encima de todas las cosas Paz Aguirre era un hombre auténtico; luchaba por lo que creía en función de convicciones muy elaboradas pero, por lo que sentía, fundamentalmente, en función de pasiones, sanas, hondas, muy fuertes y muy arraigadas. Ambas cosas, la pasión y la convicción, lo hacían ser un batallador sólido y firme a favor —a él le gustaba estar siempre a favor de las cosas— y también en contra, cuando tenía que enfrentar aquello que creía que debía hacerlo. Lo hacía con absoluta claridad, sin mostrar en el enfrentamiento o en el planteamiento, ninguna vacilación o hesitación que pudiera dejar flotando algún tipo de dudas sobre la rectitud de su emprendimiento.

Digo, señor Presidente, que si su familia, su Partido y este Senado pierden a un valor tan importante, el país también está sufriendo una grave pérdida porque, mirado desde el punto de vista que se quiera, Paz Aguirre era dentro del Partido Colorado, a través de su lucha política, de su pasión, de su predicamento, sin ninguna clase de dudas, un sostén institucional. Fue uno de los hombres sostén de las instituciones de esta República y, por lo tanto, creo que todo lo que podamos decir es poco, no está bien dicho; pero, con estas palabras, queríamos traer algunos recuerdos y expresar, de alguna forma muy limitada, lo que es un dolor imborrable y lo que es el sentimiento de que un pedazo de nuestro vida misma se ha ido con la de Eduardo Paz Aguirre.

Era lo que quería manifestar.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Ortiz.

SEÑOR ORTIZ. — Señor Presidente: en nombre del Partido Nacional quiero también dejar unas pocas palabras en este acto en el que estamos recordando a una figura tan querida como la de Eduardo Paz Aguirre.

La noticia de su fallecimiento nos llegó, nos sorprendió, en la mañana de hoy cuando estábamos sesionando en la Comisión de Constitución y Legislación. Aunque sabíamos de la importancia de su dolencia, siempre tuvimos la esperanza de que, como en ocasiones anteriores, pudiera superar felizmente su contratiempo. No ha sido así y su corazón que latió por tantas causas y por tantos ideales, se ha detenido ahora para siempre.

Conocí a Paz Aguirre hace muchos años, cuando era un joven diputado batllista, en la época que ha recordado el señor senador Singer hace unos instantes. Era un joven diputado de aquella generación que bajo la sombra de Luis Batlle Berres, ingresó a la Cámara de Representantes como un pelotón de refresco, para llenar sin duda con vino nuevo los viejos odres.

Alguien ha dicho que una banca en el Parlamento permite conocer más a una persona que el diván del psiquiatra. En esas bancas nos conocimos, enfrentándonos, a veces, con la pasión y el ardor que la juventud pone al servicio de sus ideas, y coincidiendo otras con la aproximación que las buenas causas provocan en quienes las sostienen.

Tenía Paz Aguirre el optimismo que, si de joven puede atribuirse a la edad, cuando ésta es madura sólo puede imputarse a una excelencia del espíritu, proclive a mirar la vida como un don a disfrutarse, como un camino a transitar en el cual, sin ignorar las piedras y acechanzas, la mirada queda prendida en los paisajes y en las nubes.

Era un hombre alegre, cultivador del difícil arte de sonreir, aún en la adversidad; prácticamente, tal vez sin saberlo, de uno de los más finos matices de la caridad, que consiste en evitar a los demás que tengan que condolerse por nuestras propias cuitas.

Fue un gran parlamentario. Lo vi actuar con brillantez defendiendo a su partido en el gobierno y atacando, con su partido, en la oposición. Nunca lo vi, aún en las jornadas más pedregosas, utilizar el pesado martillo al que acceden con facilidad los brutos y sí, en cambio, el fino estilete de los exquisitos. Cuando algún día se recopilen sus intervenciones parlamentarias, sus artículos periodísticos y sus discursos políticos; los que empiezan aprenderán, y los que ya hemos traspasado la cima, recordaremos la belleza de su estilo, que tenía en él, como en pocos, la condición de ser el hombre.

Era un fino espíritu, capaz de deleitarse con las bellezas de la vida ofrecidas por el arte, la literatura y la música.

Era un demócrata, insignia que casi todos llevamos hoy en la solapa, pero que no tantos usaron cuando en los años oscuros, su exhibición era un riesgo. Luego de la noche en que cayeron las instituciones nos encontrábamos, de vez en cuando, cada uno rumiando nuestra conspiración particular siempre frustrada, y la palabra, el gesto, la sonrisa de Paz Aguirre eran para mí como un espaldarazo de optimismo removedor de desilusiones y escepticismos.

Se nos ha ido ahora. No lo veremos más sentado en su banca, ni oiremos más el timbre inconfundible de su voz. Seguramente, las urgencias que siempre nos corren y la vida con sus nuevos reclamos, harán que su recuerdo se vaya esfumando; pero cada vez que en nuestros trajines legislativos abramos un diario de sesiones de hoy, de ayer, o de anteayer, su nombre impreso y la lectura de sus palabras nos devolverán por un instante el goce pleno de su figura, de su voz, de su apretón de manos y lo evocaremos, no como un valor perdido, sino como el compañero que ha cambiado de lugar, pero que nos sigue iluminando con la bondad de sus ideas y de su ejemplo.

Nada más, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Mederos.

SEÑOR MEDEROS. — Señor Presidente: si bien mi distinguido amigo, el señor senador Ortiz, ha hablado en nombre de la bancada del Partido Nacional, expreso que no podría irme tranquilo de este acto en homenaje a Paz Aguirre, sin manifestar un pensamiento referido al compañero que se fue.

Ha muerto Eduardo Paz Aguirre; ha muerto un dirigente político de excepción, un civilizador en la acepción más amplia de la palabra.

Hace un rato, el señor senador Ortiz se refería a la noche de las instituciones, que empezó un 27 de junio de 1973 con Paz Aguirre presidiendo este Cuerpo y con nosotros en el lugar en el que estamos, viviendo las alternativas del eclipse de las instituciones y la agonía de la República en su concepción jurídica y política. Lo vimos ahí hasta que habló el último orador para después hacerlo él y dejar su mensaje a la República y al devenir de la historia.

Paz Aguirre fue un dirigente de excepción que representó a su partido con la bondad de su calidad humana y con la ilustración de su mente preclara. No existía actividad cultural en la cual él no pudiera decir su palabra con brillantez, así se tratara del arte, de la música, de la historia, de la filosofía y de religión. En todas las actividades que cultivó con esplendidez, decía su pensamiento de hombre culto y bien formado.

Además, señor Presidente, era un buen decidor; practicaba el buen decir. Manejaba el idioma con cuidado, con precisión y con pureza, Tenía un estilo muy particular, pero no llamativo. Para los amigos que siempre lo estábamos observando y admirándolo, nos complacía oir sus intervenciones, muchas veces punzantes. Era un polemista destacado, pero generoso. Nunca vimos en él una palabra hiriente para un contrincante. Siempre se manejaba con argumentos, con sabiduría, con presteza intelectual, lo que hacía que se enriquecieran las actas de este Senado, que quedarán para la historia, como manifestó el señor senador Ortiz.

Yo, señor Presidente, me hice amigo de Paz Aguirre, como soy amigo de muchos dirigentes del Partido Colorado, y frecuentemente nos contábamos nuestras cuitas personales y políticas y nuestras inquietudes intelectuales.

Fue un compañero, un amigo con quien se podía discurrir espléndidamente, gratamente y hoy ya no lo tendremos.

Queda en el Senado para siempre jamás la expresión de una personalidad humana que supo cumplir con su destino, con su familia, con su país, y con su partido.

Yo lo despido con el corazón estrujado porque se ha ido un amigo. Saludo a su familia en esta hora de dolor en que ha perdido a su jefe; saludo a su partido, que ha perdido a uno de los dirigentes más preclaros de la hora actual. La República ha perdido a un senador que hacía honor a la banca a la que el pueblo y su partido lo habían llevado. Yo, sencillamente, he perdido a un amigo.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Lacalle Herrera.

SEÑOR LACALLE HERRERA. — Señor Presidente: las palabras pronunciadas —no dudo en calificar de inmejorables las del señor senador Ortiz, que han tenido no solamente la calibración de la esencia de lo que era nuestro colega, sino el estilo literario para decir bien las cosas buenas— me eximirían quizás de agregar algo. Con Lalo Paz teníamos un grado de conocimiento un poco mayor que con otros senadores, que se adquirió como lo voy a relatar. La rememoración de esos hechos me resulta grata porque siempre estuvo pautada por sentimientos muy lindos.

Lalo Paz entró en mi horizonte vital y supe quien era por una circunstancia fortuita: desde hace muchísimos años vivo en la calle Echevarriarza y él, frente a mi casa, frecuentaba el domicilio de quien luego fue su esposa cuando recién era electo diputado.

Yo, que ya tenía mis veleidades y esperanzas de ser algún día legislador, lo veía a él —que no tendría más de diez años que yo— con aquella linda presencia, recién electo diputado, y lo miraba con esos ojos que uno pone para ver las cosas que le gustaría ser en el futuro. Luego, en la actividad política en que todos nos conoce-

mos o que por lo menos tenemos la suerte —en un país civilizado como el nuestro, por encima de las barreras partidarias— de tener relaciones, de vernos socialmente, ya sea en asambleas o en el Palacio Legislativo, entablamos un contacto normal como el que tenemos con muchos otros señores senadores.

En el año 1972, en el mes de octubre, el Gobierno de la República designó una delegación para la XVII Conferencia de la UNESCO, que presidió el ya entonces senador don Eduardo Paz Aguirre, y que integraban el senador Justino Carrere Sapriza, el diputado Lacalle Herrera y don Federico García Capurro. En esta delegación estaba otro gran correligionario del Partido Colorado y de la Lista 15, que era Mario Fernández, así como también Díaz Mondino. Para quienes conocen a estas personas, saben que era una combinación magnífica para que cualquier conversación tuviera vuelo, fuera entretenida, porque entre la erudición de don Federico y la de don Aníbal Díaz Mondino —que no le iba en zaga— y la de nuestro querido Embajador y amigo andaban sacándose chispas. El buen humor de Lalo y de Justino, también le daban a aquellas reuniones un particular encanto.

También lo vi actuar como Presidente de delegación en tratativas en las que el Gobierno de la República deseaba obtener un resultado diplomático, y pronunciar un espléndido discurso ante la Asamblea General de la UNESCO. Particularmente pude conocer de cerca a este estimado amigo y colega que hoy nos ha abandonado, de quien debo decir que envidiaba especialmente su buen carácter.

Vivimos en un país en el cual se confunde el concepto de tener mal carácter con el de tener carácter. El señor senador Paz Aguirre tenía una sonrisa siempre pronta, una bonhomía que derramó a manos llenas entre todos pero que no iba en desmedro de tener sus condiciones muy bien afirmadas como lo demostró a través de tantos años de actividad política. Por ello he tenido un particular recuerdo para él e incluso es la primera vez que hablo en el Senado desde la sesión anterior en la que estuvimos a punto de tener un dialogado político por un tema circunstancial que hubiera enriquecido aún más nuestra intensa y afectuosa relación,

Al Partido Colorado, a la Lista 15, esa agrupación que durante tanto tiempo hemos considerado el buque insignia de este partido y de la cual fue acendrado militante y partícipe, hacemos llegar nuestro pésame, así como al señor senador Batlle que seguramente sentirá un particular afecto que deviene de una vieja relación cuasi familiar con el querido senador que ya no nos va a acompañar más.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Pozzolo.

SEÑOR POZZOLO. — Señor Presidente: bajo el peso abrumador de la carga que soportamos hoy en nuestro ánimo, he dudado si podría hilvanar algunas frases en homenaje al noble y querido compañero que nos ha abandonado en el día de hoy. Pero he temido —por eso me he registrado en la lista de oradores— el reprocharme por toda mi vida como un acto de cobardía el despedir en silencio a un compañero tan querido, combativo y noble que deja hoy, dentro de nosotros, un rastro tan profundo, tan luminoso, pero a la vez un vacío muy hondo.

Con Lalo hemos sido amigos practicamente desde principios del año 1963 en que nos incorporamos, desde nuestra tierra natal, al Parlamento. Hemos conocido toda su trayectoria. Empezamos a ver en él, por una simple referencia, una profunda calidad humana y una gran condición intelectual, por el hecho de saber que en 1951, cuando Luis Batlle va a las Naciones Unidas, lleva a aquél chiquilín de 23 años como secretario privado. Posteriormente lo incorpora a las luchas del partido, después de un pasaje por la Junta Departamental de Montevideo; lo mismo sucede en el departamento de Canelones, donde rápidamente adquirió una ascendencia de líder por sus condiciones personales, su vocación política y por su actitud de servicio al país, que mantuvo hasta el último instante de su vida.

Lo recuerdo particularmente en lo que fueron aquellas primeras relaciones en la redacción del semanario "Canelones", en la amistad profunda que elaboramos rodeando a Luis Batlle en el diario "Acción", del cual Lalo fue un constante colaborador, así como también en su actuación como diputado y en su gestión como senador. Si fueron brillantes, como se ha dicho acá, todas aquellas condiciones que exponía desde esta banca que dolorosamente vemos hoy vacía, no puedo olvidarme de una condición fundamental, de una faceta esencial, vital de su vida que fue tanto o más importante: lo que hizo sin que se advirtiera. Porque es necesario resaltar su trabajo en Comisiones, su afán componedor y aquella pasión que a veces demostraba y que ha sido recordada por los señores senadores Lacalle Herrera y Mederos. Era una pasión a veces punzante en defensa de sus ideas y de sus posiciones políticas, lo que hacía pensar que podían estar lastimando o hiriendo a quienes iban dirigidas, pero lo hacía con una sutileza, con una calidad humana y con una honradez de convicción muy profunda; después de una polémica o disputa oral con uno de sus adversarios políticos o circunstanciales se estrechaba en un abrazo cambiando opiniones, sonrisas y apretones de manos, lo cual revelaba en él esa condición humana, esencial de hombre bueno. Era respetado por esa condición, pero fundamentalmente, también, por el respeto que inspiraba toda la honradez que exponía en la defensa de las ideas que sustentaba.

Recuerdo la última foto de Luis Batlle del 14 de julio, día previo a su muerte, recorriendo los caminos de Canelones con Lalo Paz Aguirre. Pero, tengo en mi memoria, fundamentalmente el día 28 de junio de 1973 cuando después de haber presidido la noche anterior hasta cerca de las 22 horas una reunión en esta Sala, cuando frente al estupor, al desgarrón, a la vergüenza que toda conciencia democrática en el país sentía por el golpe de estado que había sido anunciado por televisión a las cinco de la mañana, en determinado lugar de la Ciudad Vieja —contiguo al edificio del diario "Acción"— nos reunimos los que de algún modo dentro de ese estupor empezábamos a soñar, a imaginar, a pensar sobre la resistencia frente a la larga noche que todavía no sabíamos cuánto iba a durar. Ahí estaba Lalo Paz; concurrió a todas las reuniones clandestinas que realizamos en distintos puntos de Montevideo y que muchas veces fueron convocadas por él.

Tenía un espíritu democrático profundo e irrenunciable. Fue un batllista de condiciones acendradas y demócrata cabal.

Siento que el país pierde en el día de hoy un gran ciudadano. Pienso que el Partido Colorado y el Batllismo pierden a un leal y devoto servidor y, en lo personal, perdemos también un pedazo del alma. Cuando un amigo muere su recuerdo nos convoca todos los días a seguir luchando por las cosas vitales en que juntos hemos creído.

Nada más.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Jude.

SEÑOR JUDE. — Señor Presidente: hace pocos días el señor senador Paz Aguirre, en su calidad de Presidente de la Comisión de Defensa Nacional, nos preguntaba sobre la conveniencia de aceptar una invitación que nos formulara la Armada Nacional para visitar el petrolero "Lavalleja". El planteó la posibilidad de aceptar la invitación y de que concurrieran los integrantes de las Comisiones de Defensa Nacional de ambas Cámaras. La aceptamos porque entendimos que era una idea inteligente reunirnos en aquél ámbito. Esa reunión se realizó hoy de mañana compareciendo representantes de las dos Comisiones. En ella el comandante Larre dio, lamentablemente, la información de la muerte de nuestro compañero, el señor senador Paz Aguirre.

Eduardo Paz Aguirre fue un hombre a quien conocimos como estudiante en la Facultad de Derecho en 1950, en la lucha estudiantil en la que tuvo actuación destacada. Después nos encontramos en la liza política en el departamento de Canelones, luego de haber desempeñado el cargo de secretario personal del gran caudillo del partido, don Luis Batlle. En esta oportunidad estuvimos enfrentados los integrantes de las Listas 14 y 15, pudiendo apreciar su aptitud como periodista del semanario "Canelones", así como su talento y su capacidad como polemista.

Hubo muchas circunstancias en las que existió confrontación, pero en las que nunca fuimos enemigos sino que fundamentalmente consolidamos una amistad y un respeto mutuo y familiar.

Hoy podría estar culminando una carrera política, porque cuando nuestra actividad quedó interrumpida por el proceso él, inmediatamente de haberse recuperado la democracia, recomenzó una actuación, la que podría haber sido destacadísima dentro del partido.

Conversamos con él en muchas ocasiones, tales como en la del 9 de febrero y la del golpe de Estado; después, nos vimos cuando desarrollaba su actividad personal y siempre lo encontramos con aquella bonhomía, con su simpatía y con aquella caballerosidad de compañero y amigo, pronto para hablar de los temas referidos al partido y a la política internacional.

Pienso que si algún hombre tenía posibilidades de destacarse en el partido, ese era Eduardo Paz Aguirre.

Expreso, por lo tanto, mi sentir por la muerte de un hermano del partido con el que tuvimos diferencias, pero con quien más allá de ellas, pudimos afianzar sentimientos de solidaridad familiar.

Manifiesto en este acto mi solidaridad con sus deudos pero, fundamentalmente, con quienes sufren tanto como sus familiares: los amigos entrañables de la Lista 15, los doctores Batlle y Sanguinetti, con aquellos que fueron sus compañeros de todas las horas.

El partido despide solemnemente a un gladiador, a un hermano, para el que permanentemente tendrá un recuerdo inolvidable.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Rodríguez Camusso.

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSO. — Señor Presidente: es un significativo homenaje al señor senador Paz Aguirre el contenido en la voz conturbada y la emoción no oculta con que se expresan sus correligionarios. Séame permitido afirmar que no es menor homenaje la voz conturbada y la emoción no oculta con que también nos expresamos quienes fuimos sus adversarios.

Rendimos hoy tributo a su memoria en nombre de la coalición Democracia Avanzada del Frente Amplio. Decirlo es definir que se alza una voz considerablemente alejada de las concepciones políticas, en muchos órdenes sostenidas por aquél a quien hoy honramos. Y lo hacemos, sin embargo, en la plenitud de nuestro convencimiento y de nuestro sentir.

Fue Paz Aguirre, en el curso de su actuación política, un hombre singularmente inteligente e informado, que no rindió tributo a la galanura aparente ni al esfuerzo superficial, sino al examen detenido, al conocimiento pleno y a la meditación responsable, fue asimismo, un polemista acerado y muchas veces temible.

En algunas de las luchas políticas que sostuvimos en los últimos tiempos ha sido conciencia en nuestra organización partidaria que mediante la voz y la expresión, Paz Aguirre era uno de nuestros más duros y eficaces contendores.

Sostener ideas, hacerlo con conocimiento y con fervor, saber defenderlas y expandirlas con argumentos lógicos y razonados, es capítulo esencial y que debería ser común en la acción del hombre público.

Rendimos homenaje al periodista talentoso y atractivo, al que leíamos invariablemente en el diario "La Mañana" que en los últimos tiempos codirigiera con tanto amor y entrega, muchas veces discrepando y otras no tanto, pero reconociendo siempre el respeto en sus definiciones, la medida en la expresión de sus discrepancias y el fundamento que procuraba respaldar invariablemente, con acierto o con error, cada una de sus afirmaciones.

Honramos al hombre inquieto, al hombre culto e inteligente, a aquél con quien hablábamos permanentemente de política, pero con el que también podíamos abordar los más variados temas que dicen relación con inquietudes humanas y con apetencias por la superación y los logros espirituales.

Homenajeamos al tribuno autorizado y fuerte que ocupó tribunas políticas siempre adversarias de las nuestras y que, sin embargo, se ganó el respeto y la consideración, porque también en la expresión oral dirigida a la multitud sabía mantener la galanura y el equilibrio.

Homenajeamos al hombre que supo actuar con conocimiento y con talento en el plano difícil y tantas veces duramente controvertido de la política internacional.

Hace pocos meses tuvimos oportunidad de compartir una delegación que el Parlamento designara para concurrir al 77º Congreso de la Unión Interparlamentaria, realizado en Managua.

Es notorio que podían registrarse diferencias de apreciación en algunos campos entre el señor senador Paz Aguirre y nosotros. Me complazco en subrayar hoy en el Senado, en su homenaje, como lo hiciera antes en tribunas levantadas en otros ámbitos, que en ningún caso se registró entre nosotros, ni siquiera en los temas más áridos, una sola diferencia.

Pudimos opinar sobre Nicaragua, sobre la guerra del Golfo Pérsico, sobre temas económicos y también sobre Cercano Oriente, y lo hicimos siempre de acuerdo.

Cuando la delegación uruguaya designó dos oradores para que la representara, los elegidos fuimos el señor senador Paz Aguirre —Presidente de la delegación— y quien habla. Cada uno escribió su discurso; los intercambiamos. Ninguno de los dos se sintió precisado a corregir una sola palabra en el discurso escrito por el otro.

Homenajeamos a quien, como forma de sus valores espirituales y de la profundidad y extensión de sus conocimientos, practicaba el humor y la comprensión, la anécdota múltiple, variada y rica en contenido y propiciaba, no la carcajada pasajera y muchas veces molesta, sino la sonrisa constructiva y fina, ésa que se nos queda entre los labios y que gustamos con cuidado y delectación.

Homenajeamos al hombre de familia, a aquel que sabemos que durante la dictadura y como consecuencia de avatares negativos padecidos en la que fue en aquel tiempo su actividad privada, debió enfrentar una dura crisis que lo sometió a graves contrastes en el campo económico; y que lo hizo salvaguardando la integridad de su conducta, que no podía arredrarse ante la dictadura, la defensa de su posibilidad de trabajo y la unidad indestructible de su orden familiar.

Homenajeamos al hombre con quien tuvimos reiterada oportunidad de tomar contacto —también nosotros— en los años ominosos del régimen de facto. Muchas veces llegábamos a su despacho particular y otras tantas nos encontrábamos en lugares ignotos que prácticamente no recordamos. Siempre luchando por lo mismo; siempre esperanzados en la misma causa, intercambiando opiniones y conocimientos, trasmitiéndonos él lo que en su actividad recogía y haciendo lo propio nosotros.

Homenajeamos al colega, a la vez adversario y amigo, amigo y adversario, con quien particularmente a lo largo de lo que va transcurrido de esta Legislatura, detallamos y profundizamos nuestra amistad y nuestro conocimiento personal. Alguna vez hubo un risueño comentario periodístico a ese respecto, porque periódicamente Paz Aguirre y yo, eligiendo ambos para ello generalmente los momentos de más duro enfrentamiento y de más ácida discrepancia, concertábamos almorzar juntos; y en lugares públicos bastante concurridos, el senador del Gobierno —que tan fuertemente atacaba con frecuencia al Frente Amplio— y el senador frenteamplista —que otras tantas veces ha atacado también con fuerza al Gobierno— departían amigablemente y continuaban en privado su discusión y sus intercambios de puntos de vista.

Quiero, señor Presidente, con emoción, con dolor y con un sentimiento de rebeldía y frustración ante el destino incomprensible, cruel e injusto, levantar una voz que siento desde lo más íntimo de mi ser, en lo que es probablemente una de las más elevadas, puras y merecidas formas de homenaje que podemos brindar a la trayectoria de Eduardo Paz Aguirre.

Hay quienes —y no hago en esto distingos partidarios ni exclusiones sectoriales de clase alguna— creen que lo que llaman la "raza política" declina o está en fase de extinción. A esta concepción insuficiente e ingenua respondo que no lo está ni podrá estarlo mientras el ser humano mantenga aptitud para vivir en sociedad.

Paz Aguirre fue un político, en la más alta acepción de la palabra.

Y para cuantos no lo comprendan —no importa qué piensen, dónde militen ni dónde se encuentren— el más profundo homenaje que le queremos brindar es el recuerdo permanente de la lección que dio en cuanto a la compatibilidad perfecta que existe entre la defensa ahincada y tenaz de lo que se piensa y de lo que se siente, la confrontación dura y firme —en defensa de principios— con aquellos con los que discrepamos y el respeto hacia la gente, hacia las personas, hacia el derecho a que cada uno sea tan dueño como lo somos nosotros de defender lo que siente, por opuesto que sea a lo que nosotros sentimos.

Desde esta banca del Frente Amplio y de Democracia Avanzada, despedimos a un adversario severo y a la vez a un amigo entrañable.

¡Lalo, haya paz en tu tumba!

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Cersósimo.

SEÑOR CERSOSIMO. — Señor Presidente: la tristeza que me embarga que me embarga, que mejor se justifica si se considera que debemos despedir a un amigo de todos, que lo era a su vez de la verdad, de la justicia, de la paz, de la libertad, de la tolerancia; de esas nobles virtudes que, como se ha dicho, muy de tarde en tarde y por azar se reúnen de consuno en el corazón humano.

Debo despedir a Lalo —el señor Presidente sabrá perdonar esta pequeña licencia que me autoconcedo en el estilo parlamentario— y me pregunto para qué, ya que las palabras ni definen, ni esclarecen, ni consuelan, ni logran influir siquiera en la duración del recuerdo. Nunca como hoy sentimos más intensamente lo tremendo del apotegma de Aristóteles: "Aunque nosotros seamos todos mortales, no es esto razón para contentarnos con las cosas mortales".

Pensamos en ese amigo con el que hasta ayer, desde estas mismas bancas, intercambiábamos sonrisas y afectos todos los días, y expresamos que tenía distinción innata, elegancia en el porte casi aristocrático y en el decir fluido, preciso, bien construido, con correcta sintaxis.

Era bondadoso, con sentido del humor, enérgico cuando tenía que serlo y se jugaba por sus ideales y por su Lista 15; era ilustrado, erudito en múltiples aspectos, y buen amigo, y leal y solidario en su accionar político;

era noble, de necesaria consulta en la actividad política de este Parlamento. Su consejo, su palabra —nos consta a todos los hombres que integramos la bancada del Partido Colorado— su experiencia y su sabiduría, mostraban espacios que no se apreciaban antes de su análisis. Era de los hombres que lanzan dos miradas a la vida y una a los libros, porque no es bueno lanzar dos miradas a los libros y una a la vida. Cumplió el consejo platónico: la principal aspiración del ser humano es vivir y acabar de vivir de manera que la plena vida que tuvo y la buena memoria que deja, constituyan el epitafio de su tumba.

Tenía todas las características que hacen en un hombre la riqueza de una personalidad y lo profundo de un ser humano.

Tengo sobre mi banca dos instrumentos —que guardaré como trofeos— en relación con su sentido del humor, su cordialidad y su lealtad. Hace poco tiempo, en momentos en que yo pronunciaba un discurso, hice una cita de memoria y me envió una nota para que reviera la versión porque tenía el temor de que estuviera equivocada la referencia. Aquí la conservo como un diploma de honor.

A fines del año pasado, en virtud de que me quejaba continuamente por una foto que salía en "La Mañana" —cuyo negativo él me trajo, aunque la foto nunca terminó de desaparecer del diario— me obsequió esta caricatura que él me hizo y que me representa, que fue muy comentada y que bastante se me parece.

Digo, señor Presidente, que era de los hombres —tal como se ha expuesto aquí en Sala— que hablan para decir algo y no de los que dicen algo para hablar.

Expresamos, con tremenda tristeza, con profundo dolor —como el más hondo que podamos sentir— que Eduardo Paz Aguirre ha muerto al estilo de los grandes ciudadanos, ha partido con las alforjas desbordantes de méritos y solidaridades, adquiridos con su vida intensa, limpia y ejemplar, arrebatada por esta asesina actividad que cumplen con entrega de su existencia física los hombres que, como él, abrazan la política. Me refiero a los políticos, a quienes tanto se denosta, pero que tanto trabajan para conseguir, en beneficio de los demás, el bien común.

Si estas palabras, que pronuncio esencialmente con los dictados del corazón, han servido para cumplir la sentencia de Faulkner, salvando todas las distancias de mi caso, tendré el privilegio de que ellas ayuden, modestamente, a que perduren su nombre y su personalidad, recordando el coraje, el honor, la compasión, la piedad y el sacrificio que fueron el fin y constituyeron la razón de la vida de Eduardo Paz Aguirre.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Ferreira.

SEÑOR FERREIRA. — Señor Presidente: en la sesión del día de ayer, en régimen de Comisión General del Senado, y abusando de la excesiva elasticidad con que a veces nos movemos en materia reglamentaria, solicité que el señor Presidente, en nombre del Cuerpo, se interesara por la salud de nuestro compañero de trabajo, el señor senador Paz Aguirre. A pesar de que sabíamos que hoy teníamos sesión, vaya uno a saber qué fuerza, qué motivación había para que sintiéramos —a pesar de haber recibido algunas noticias alentadoras sobre su evolución— que no podíamos esperar al día de hoy para hacer llegar a él y a su familia el deseo de sus colegas y compañeros de trabajo de un pronto restablecimiento y el de tenerlo aquí nuevamente junto a nosotros.

Cuando hoy de mañana nos enteramos de la desaparición física de Lalo Paz Aguirre, sentimos una mezcla tan grande de emociones que debo confesar que me va a resultar bastante difícil hilvanar estas breves palabras, sobre todo después de que han hablado con tanta emoción, pero al mismo tiempo con tanta elocuencia y coherencia, colegas tan distinguidos; en nombre de nuestro Partido, con gran brillantez y talento, lo hizo también el señor senador Ortiz.

Creo que si hay algo lindo que estamos testimoniando todos a este amigo entrañable que fue el señor senador Paz Aguirre, es este sentimiento tan común; creo que pocas veces nos ha ocurrido que unos y otros nos sintamos tan profundamente consustanciados con las expresiones de los demás. No bastaría con decir que podría hacer mías todas las palabras vertidas esta noche en Sala. Pensaba, por ejemplo, cómo al escuchar algunas de las exposiciones, me iba sintiendo íntimamente identificado con lo que se decía; concretamente, cuando el señor senador Pozzolo señalaba que había sentido la tentación de no hacer uso de la palabra por no estar en condiciones, y que nunca se habría perdonado la cobardía de no haberlo hecho. Quiero hacer propias esas expresiones para justificar este testimonio, este homenaje, que creo que tengo poco derecho a hacerlo luego de las expresiones que he escuchado. Yo tampoco me habría perdonado, en esta noche tan especial para todos nosotros, no compartir con los colegas algunas de las emociones que nos embargan.

Había anotado algunos de los rasgos más importantes de la trayectoria política de Eduardo Paz Aguirre pero creo que es innecesario citarlos. Ni su papel como estadista —al que han hecho referencia varios señores senadores— ni su actuación como luchador antidictatorial, que le costó mucho más de lo que se ha dicho —y más de lo que él quiso que se dijera— porque, además de la persecución política, Lalo Paz Aguirre sufrió persecución en su propia actividad privada, que enfrentó con la hidalguía con la entereza y con la dignidad con que encaró todos los actos de su vida. Pero sólo sus amigos muy íntimos saben que, de la mañana a la noche, por presiones del régimen que imperaba en el país, se quedó sin casa y pasó a vivir en el altillo de la casa de Meco, su hermano, con la misma —repito— integridad, entereza e hidalguía con que enfrentó todos los momentos de su vida.

Tampoco voy a recordar su trayectoria de periodista, aunque evocaba a una altura de la sesión, que no hace mucho tiempo estábamos cenando con el señor senador Batalla y algún otro colega en la Embajada de España, y nos encontrábamos sorprendidos porque avanzaba la noche y el señor senador Paz Aguirre no llegaba a la cita. Nos sentamos a cenar sin él —el señor senador Martínez Moreno también se encontraba en ese momento— y recién llegó a los postres, disculpándose y manifes-

tando que se había demorado debido a una reunión, a raíz de la cual a la mañana siguiente se haría cargo de la Dirección del diario "La Mañana".

¡Cómo veíamos esa noche renacer en él el ímpetu, la alegría, el entusiasmo de ese periodista que nunca estuvo oculto en su personalidad política, más allá del amordazamiento de los doce años de dictadura militar!

Siento la necesidad de destacar —aunque sea reiterativo con las expresiones que se han venido vertiendo— sus extraordinarias condiciones, su dimensión humana, su afecto, su sensibilidad a flor de piel.

Cuando alguno de sus correligionarios hacía referencia —también lo manifestó el señor senador Rodríguez Camusso— a esas polémicas duras a que a veces nos enfrentamos en esta Sala que terminaban en un abrazo, en la palabra afectuosa, señalo que yo fuí, muchas veces, objeto de sus ironías en esas discusiones dialécticas y, también, de ese final al cual él no podía renunciar de un saludo atento y afectuoso al adversario con el cual había polemizado.

El señor senador Cersósimo tenía consigo algunas esquelitas tan típicas del señor senador Paz Aguirre. Recuerdo, señor Presidente, que durante muchos años, cuando en esta Sala ocupaba el lugar que ahora tiene mi secretario, y en esta banca se sentaba el Presidente de nuestro Partido, yo era portador, en el recinto, de esquelas, de bromas o versos, mucho antes de que existiera el "club del verso" en el Senado. Los he guardado —vaya a saber por qué— religiosamente, sin imaginarme que luego, esa caja donde tengo estos mensajes, estos comentarios que son un pedazo de historia de nuestro país, iba a verse enriquecida con chistes, comentarios, preocupaciones, preguntas, dudas, consultas que el señor senador Paz Aguirre me iba a mandar en mi condición de senador.

Vuelve a mi memoria, también —como a la del señor senador Mederos— aquella noche tan triste para todos los uruguayos, tan cargada de emoción y de esperanza, en que tuvo lugar la última sesión de la Legislatura, antes de que se conociera el decreto de disolución del Parlamento, y que fuera presidida por Eduardo Paz Aguirre.

Decía el señor senador Singer que, más que a un colega, más que a un estadista, más que a un luchador, él sentía el dolor desgarrador de despedir esta noche a un amigo. Le aseguro al señor senador Singer y a todos los integrantes del Partido Colorado que estoy seguro así lo sienten todos los señores senadores de este Cuerpo; pero deseo destacar con especial énfasis, que así lo sienten los senadores blancos, sus adversarios tradicionales.

No podía compartirse una tarea política con Paz Aguirre, sin ser su amigo; no podía transitarse en la vida pública junto a un hombre como él, sin llegar a quererlo como aprendimos todos a hacerlo.

La última vez que conversé con él fue el día que tuvo el quebranto de salud que motivó su internación. La paradoja es, señor Presidente, que mi colega y adversario me llamaba por teléfono a mi casa para interesarse por la salud de mi padre.

Pocas horas después —estando ya internado Paz Aguirre en Buenos Aires— mi padre dejaba Montevideo desde un base aérea, para pelear por su propia salud. Y lo último que hizo antes de dejar el país, fue entregarme una carta para Lalo Paz Aguirre, y cometí la imperdonable travesura de leerla y apreciar la enorme carga de ternura y afecto que había en ella.

Cuando recuerdo a mi padre —al que me unen tantos afectos— en momentos en que se iba enfermo hacia Estados Unidos y en lo último que pensaba cuando viajaba era en la salud de su adversario, de su amigo, viene a mi memoria una frase que Wilson, estando detenido en el cuartel de Trinidad, le escribiera a Manuel Flores Mora en su lecho de enfermo y que caracteriza un poco la imagen que se me hizo presente cuando me fue entregada la carta que esta noche daré como un regalo muy preciado a la familia de Paz Aguirre.

En esa carta a Maneco, Wilson decía: "Por años hicimos lo posible por odiarnos; el resultado va en la cuenta de nuestros fracasos en la vida".

En momentos en que comenzaba la sesión, me acerqué a saludar a algunos integrantes de la bancada del Partido Colorado, y confieso que no encontraba las palabras para testimoniar mi afecto. Me parecía que las palabras "condolencias" o "pésame", eran demasiado formales, muy poco expresivas para el dolor que sentíamos. Poco a poco fue saliendo entre los abrazos que nos intercambiamos con los legisladores colorados, una palabra que en estos días ha emergido con mucha fuerza y que hemos estado pronunciando recíprocamente: la palabra "solidaridad".

Los integrantes del Partido Colorado pueden contar en este momento difícil con la solidaridad de los blancos, a flor de piel, esa solidaridad irrenunciable, porque ahora nos une algo indestructible, que es el cariño por un amigo común.

Creo —más allá de los sentimientos personales— que la muerte de Paz Aguirre es una tragedia para la República, porque era un hombre a quien sus adversarios querían bien. Es muy importante para el país y para este frágil equilibrio democrático que seguimos construyendo todos los días, enfrentar adversarios que sepan ganarse el cariño y el respeto de todos.

Por lo tanto, señor Presidente, entiendo que lo mejor que podríamos hacer en su honor es que ese abrazo en el que nos hemos confundido hoy simbolice la necesidad que creo todos sentimos de estrechar filas, superando diferencias, para seguir trabajando por este sufrido paisito nuestro.

Quisiera expresar este sentimiento con una cita de Maneco Flores Mora en una de sus contratapas de Jaque donde hablando de este tipo de cosas, manifestaba algo que había leído en algún volumen que andaría perdido por la Biblioteca Nacional: "Depón tu odio partidario, pues cubre una misma losa la tumba de Leandro Gómez y de Marcelino Sosa."

Muchas gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Flores Silva.

SEÑOR FLORES SILVA. — Señor Presidente: quienes tratamos diariamente a Eduardo Paz Aguirre, estamos, naturalmente, bajo el impacto y la conmoción que la noticia de su desaparición física nos ha provocado. La emoción que nos embarga dificulta expresarnos como corresponde en esta suerte de homenaje, que se resiste a ser despedida, que venimos brindando espontáneamente los distintos senadores.

Comentábamos con algunos colegas que, ante la noticia que recibimos en la mañana de hoy, una especie de desánimo muy peculiar, un bajar los brazos, nos ganó a muchos; nos pasó lo mismo que al señor representante Amaro quien nos decía que esta mala nueva lo sorprendió al salir de su casa, lo que motivó que volviera sobre sus pasos y suspendiera toda actividad.

El destino nos ha golpeado en alguien que sintetizaba, simbolizaba y resumía el arquetipo, el paradigma, de lo que es un político que siente la vocación de la política como un servicio público, en sus diferentes actividades y facetas.

Traté a Eduardo "Lalo" Paz Aguirre de diferentes formas. Lo hice enfrentado a él cordialmente, tal como ocurrió en la última elección en la que tuvimos sublemas diferentes en el departamento de Canelones. Solíamos luego bromear sobre el asunto diciendo que eso no volvería a suceder. Digo esto para que se pueda calibrar lo que descubrimos en Eduardo Paz Aguirre cual era su bondad, su paciencia con los jóvenes que muchas veces veníamos con actitudes desafiantes, las que él entendía en ese encuadre, en ese marco grande de su bondad.

Conocí luego, ya en el Senado, algo que se da por conocido en él por parte de toda la bancada del Partido Colorado: su capacidad y su asunción de la esencia de la acción política, en todas sus formas.

Uno se acercaba a Paz Aguirre y hablaba de periodismo, puesto que él dirigía un diario; o hablaba de radio, porque tenía una audición radial. A veces le reprochábamos el desempeño de actividades tan estresantes, pero era su vida y su modo de presencia permanente. Además, estaba su actividad en el Parlamento y también en el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado, donde su opinión era obviamente muy atendida por toda la bancada de legisladores.

Se trataba de alguien que cultivaba la actividad política en todas sus formas y, dentro de ella, tenía la inmensa capacidad de negociar, de ser un componedor, de lograr transacciones. La bancada del Partido Colorado ha perdido hoy a su principal negociador y componedor, a alguien que en estos años que hemos vivido de consolidación democrática fue artífice de la conducta del Partido en los temas más difíciles.

Que hoy yo sintetice y resuma la personalidad de Eduardo Paz Aguirre como la esencia del ser político, es algo que no sólo es lo primero que sentimos cuando nos enteramos de su fallecimiento, sino que además lo sentimos con cierta rebeldía. Paz Aguirre abandona hoy este mundo sin dejar fortuna personal más que lo que deja en el recuerdo de todos sus amigos. El impacto que me ha provocado el enterarme de esta noticia ha hecho que me vuelva un poco obsesivo y siento que en este irse humilde de Paz Aguirre, no dejando bienes, hay toda una metáfora de lo que es el político uruguayo por antonomasia, tan permanentemente atacado.

Naturalmente, además de ser ejemplo, Eduardo Paz Aguirre era alguien que, testigo de un tiempo pasado muy rico de la República, permanentemente trasmitía sus conocimientos a las nuevas generaciones. La fortuna hizo que en el último año viajáramos en dos oportunidades con él al interior de nuestro país —en ambas ocasiones lo hicimos acompañados por el señor Presidente del Senado— donde pudimos departir e intercambiar ideas.

Digo, señor Presidente, que uno de los modos más fecundos de conocer la personalidad de Luis Batlle era hablar sobre éste con Paz Aguirre, quien había sido su secretario cuando joven. Así uno podía ver a aquél personaje enfrentando en 1954 poderosísimos intereses; a un Luis Batlle, cuando se encontraba en Naciones Unidas, con una dolencia en el corazón; a un Luis Batlle cuya imagen trasmitía para quienes no lo conocimos —pero que si fue posible hacerlo a través del relato de Paz Aguirre— tal vez la vivencia más impactante de un Uruguay generoso e inteligente.

Por otro lado, Paz Aguirre tenía la deferencia muchas veces de contarnos cosas de su compañero de varias legislaturas, Manuel Flores Mora. Recuerdo que a comienzos de julio de 1973 los integrantes de la Lista 15 se reunían en ese comienzo de clandestinidad y de lucha por la democracia, en casa de Paz Aguirre y en uno de los comercios de las cercanías tuvimos oportunidad de encontrarnos —no yo, que era un joven, sino mi padre— con Lalo y quien hoy es el Presidente de la República, de quien se hallaba enemistado por motivos seguramente olvidables. En aquel momento en que las instituciones caían, los hombres que hasta entonces estaban enfrentados se abrazaban.

Desde el momento en que empezó el proceso cívico militar vimos a Eduardo Paz Aguirre comenzar a trabajar contra éste y, en ese aspecto, sentimos que si hay una generación que dé continuidad al Partido —y un Partido debe ser una continuidad— ello será posible porque hubo una generación con idealidad capaz de trasmitirla.

Luego de haberlo conocido, de haber sabido cómo Eduardo Paz Aguirre ha sido un artesano del entendimiento, del reencuentro, de la transacción, así como en estructurar salidas políticas, pienso que la historia marcará a la generación a la que perteneció, como aquélla que —contra lo que se dijo en algún momento— sacó a este país de la dictadura, a través de capacidades como la que él ejemplificaba con excelencia.

Muchas gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Batalla.

SEÑOR BATALLA. — Señor Presidente: no quisiera que la despedida al señor senador Eduardo Paz Aguirre fuera una despedida triste. Los diarios dirán: "Murió el señor senador Paz Aguirre", y para nosotros, detrás de la frialdad de esos títulos, estará la pérdida de un amigo querido.

No voy a decir algunas palabras, pocas, mal hilvanadas sin duda, en representación del Frente Amplio ni de mi propio Partido. Siento la obligación de hablar tratando de representar lo que son los sentimientos de mi corazón.

Uno no hace amigos en la escuela —todavía son demasiados escasos la lucidez y el entendimiento para sentir lo que puede realmente implicar un valor trascendente en la vida y unir a los hombres en el curso de los años— los empieza a hacer en la adolescencia y en la juventud. Precisamente, en esos años cimentamos con Lalo una amistad más allá de los avatares de la política, que el transcurso de los años no sólo nunca rompió, sino que ni siquiera nunca atenuó. En aquel momento —un poco más allá de los años 50— surgía una generación brillante, al lado de la figura de don Luis Batlle Berres: Zelmar Michelini, Manuel Flores Mora, Glauco Segovia, Teófilo Collazo, Eduardo Paz Aguirre, Jorge Batlle y, aunque un poco más jóvenes, el actual Presidente de la República, Julio María Sanguinetti y el senador Singer.

Naturalmente, la vida fue desgranando nuestras comunes expectativas y nuestras esperanzas; la vida nos separó y uno, con el correr de los años, ya entrando en la madurez e integrando la misma generación con Lalo Paz Aguirre, piensa: ¿quién tiene la verdad? Nadie puede saberlo. Elegimos caminos distintos manteniendo siempre una profunda relación humana de afecto y amistad. Podíamos discutir larga, extensa y profundamente sobre temas que nos unían y, también, sobre los que nos separaban y si hay algo que uno va percibiendo en la vida con el correr del tiempo, es no sólo lo importante que es tener el afecto y el respeto de los amigos, sino, también, lo fundamental que resulta tener el afecto, el respeto y la consideración de los adversarios. Creo que Lalo los tuvo y no por razones vinculadas a otras cosas, sino por el hecho de que él cosechó lo que sembró. Creo que aquí se dijo, por muchos compañeros senadores, que fue un adversario duro, pero leal; defendió de frente lo que creía y eso nunca le concitó odios ni rencores, sino afecto y amistad.

Creo que Lalo lleva consigo —y es posible que también muchos de nosotros— una inmensa felicidad y es el haber podido trabajar en libertad en lo que quiso. Yo siempre digo que la libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en querer lo que se hace y él vivió toda su vida haciendo aquello que realmente deseaba hacer: luchar por un Uruguay mejor y distinto. Es posible que ese Uruguay no fuera el mismo que yo anhelaba, pero él luchó con amor por lo que creyó que era lo mejor para su país. Y manifiesto expresamente la palabra amor, porque creo que nosotros, tal vez, en esta sociedad angustiada, en este mundo que nos obliga a vivir corriendo —muchas veces sin saber hacia dónde— le tenemos temor a la palabra amor y nada en la vida puede hacerse sin amor, construirse sin amor, así como nada vale si no está impulsado, fortalecido y respaldado en el amor.

Vivimos unas experiencias juveniles que para mí, personalmente, han resultado absolutamente imposibles de olvidar. Los recuerdos son siempre eso: una mezcla de cosas ajenas y de cosas propias. Cuando uno dice que los recuerdos pasan, está diciendo una mentira, porque los recuerdos quedan. ¿Dónde?; uno no lo sabe, pero quedan. Yo tengo el recuerdo inmenso de toda aquella etapa, cuando cada uno tenía apenas veinte y pocos años, en que recorríamos los clubes seccionales viviendo también un Uruguay distinto —no sé si mejor, porque siempre uno tiende a mirar hacia atrás y decir, como Manrique, que todo tiempo pasado fue mejor— pero teníamos esos veinte años que hoy no tenemos y mirábamos hacia adelante, convencidos de que teníamos la verdad encerrada en las manos. Sin embargo, el tiempo nos fue desgajando y haciéndonos comprender que la vida, a través del permanente transcurrir, va señalando a los hombres que las verdades son muchas menos y que las posibilidades también son menores.

Pero también expreso que Lalo tuvo, además, la inmensa virtud de que los recuerdos —de que se fueron llenando esas manos— no fueron ocupando en ellas el lugar que las esperanzas siempre deben ocupar en la vida de los hombres. La gran diferencia del hombre con los animales es que el hombre puede vivir en la promiscuidad, en la miseria y en la ignorancia, pero no puede hacerlo sin esperanzas; y Lalo fue un hombre que vivió con esperanza y la trasmitió a quienes lo rodearon.

En esa postura física, en esa figura similar a la de sus veinte años —alto, delgado, con algunas canas más— lo que aún se conserva vigente y pleno es la mirada tranquila, yo diría hasta dulce, la sonrisa cordial —siempre cordial— y ese Lalo, ese amigo, es el que siempre estará presente.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Gargano.

SEÑOR GARGANO. — Señor Presidente: conmovidos profundamente por el impacto de una noticia que no queremos aceptar, frente a la cual nos rebelamos y que por largo tiempo seguramente no vamos a asumir queremos decir unas pocas palabras en homenaje al señor senador don Eduardo Paz Aguirre.

Supimos de él cuando ingresamos a la Facultad de Derecho y lo vimos trabajar allí, dentro del movimiento estudiantil, cuando ya culminaba sus estudios. Luego seguimos su trayectoria en el Partido Colorado, dentro de la Lista 15, y en el Parlamento, y reiteradamente nos pusimos en contacto con él debido a nuestra actuación gremial.

Más tarde, durante la larga noche de la dictadura, tuvimos noticias de él a través de los lazos familiares, ya que, curiosamente, las dos familias a las que estamos ligados, le conocieron en distintos planos y muy significativos.

Donde realmente le conocimos fue en el Senado, en estos dos años de cotidiana relación, en los que aprendi-

mos a valorar en el señor senador Paz Aguirre, no sólo su capacidad como parlamentario, sino sus convicciones profundas que defendía con talento y con vigor, sin caer jamás en el agravio.

Nos importa subrayar, de los distintos valores que hoy han destacado los señores senadores al homenajear al señor senador Eduardo Paz Aguirre, la enorme capacidad de diálogo, de comprensión y de franqueza política, de este demócrata que la democracia recuperada ha perdido.

Nuestro homenaje, pues, a este senador, a este político de raza, pero, fundamentalmente, nuestro homenaje al ciudadano Paz Aguirre, valor que en él resalta por encima de todo.

Nuestro pésame y nuestra solidaridad a su familia, y a sus compañeros del Partido Colorado.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador Ricaldoni.

SEÑOR RICALDONI. — Señor Presidente: esta tarde, en el aeropuerto, cuando estábamos esperando el avión que traía el cuerpo de Lalo, con el señor senador Pozzolo estábamos pensando en estas cosas tan inexplicables que tiene la vida, para las que no es fácil estar preparado, e imaginábamos de qué forma nos llegaría al fondo del corazón a todos nosotros —a los treinta— esta sesión tan tristemente especial de la tarde de hoy. El señor senador Pozzolo me decía lo mismo que acaba de expresar, y que también yo siento: si hay que hablar, qué coraje debemos tener, y, si ello ocurre, es mejor no pensar anticipadamente lo que vamos a decir.

(Ocupa la Presidencia el señor senador Cersósimo)

—Naturalmente, cada uno reacciona a su manera. No he tenido otra alternativa —porque también me siento encadenado por esto que me abruma— que tener esta banca sin un apunte, sin un papel, porque me ha parecido que para despedir a Lalo se requería esa suerte de espontaneidad de la que hablábamos esta tarde con el señor senador Pozzolo. Quizá la cercanía permanente con Lalo, incluso hace imposible que pueda llegar a hilvanar una frase detrás de la otra.

Creo que todos nosotros, actuando con la responsabilidad que siempre requiere nuestra labor parlamentaria, tenemos una práctica que hemos ido adquiriendo a lo largo del tiempo, es decir, la de tener siquiera aproximadamente una idea de lo que va a ser el discurso o cada una de nuestras intervenciones. Sin embargo, esta noche, señor Presidente —y no creo ser el único al que le ocurre esto— ignoro cuál va a ser la frase siguiente de esta intervención, que, para hacerla, necesito, como otros que han hecho uso de la palabra, de tanto coraje.

En la vida hay cruces de caminos, hay circunstancias en las cuales, por lo menos para el senador que habla, uno siente que es absolutamente inútil torturarse preguntando cuáles son las diferencias que separan a los hombres que se sientan en este Cuerpo; porque cuando nos falta un amigo o cuando nos sacude una tragedia —y esta es una tragedia para nosotros— no tienen importancia los grupos ni los partidos, y tienen sí importancia —bendito que así sea— esas coincidencias fundamentales que siempre han existido y que, por fortuna, siempre van a haber entre los hombres de bien.

He escuchado cantidad de intervenciones en este Senado: de gente de mi Partido que está desgarrada, como lo estoy yo; pero he escuchado a hombres de otras colectividades, y he escuchado —pido disculpas al señor Presidente, por faltar, en alguna medida, a lo que es el formalismo habitual de las sesiones del Senado, tan necesario para las circunstancias de todos los días y quizás tan fatuo cuando todos estamos doloridos— a los amigos Ortiz, Carminillo, Luis Alberto, don Pancho, Juan Raúl y a tantos otros, y sólo me cabe una pregunta: en estas circunstancias y en tantas otras que no son las de todos los días ¿en qué nos diferenciamos nosotros, los que hoy estamos acá? ¿En qué nos estamos diferenciando en estas últimas duras jornadas? Esta solidaridad que va y viene de bancada a bancada en la noche de hoy, está yendo y viniendo desde hace días. Hace un rato, Juan Raúl —y perdóneme de nuevo, señor Presidente— recordaba que Lalo, no más allá de la semana pasada, hablando no en nombre del Partido Colorado, sino de todos nosotros, expresaba lo que sentíamos en este Cuerpo, interesándonos por la salud de ese otro maravilloso hombre que hoy está luchando por la vida, tan lejos, allá, en Nueva York, pero tan cerca de todos nosotros, no sólo de los blancos, sino de todos nosotros. Ese interés que, de algún modo, es tan hermoso, en cierta medida nos ha ido ablandando, si se me permite la expresión, a todos, de a poco, en estos días, porque todos nos hemos sentido más juntos en estas circunstancias.

Recordamos que en la noche de ayer, y durante esta madrugada, en esa sesión que terminó alrededor de las tres de la mañana, había una melancolía general, porque, desgraciadamente, parecía que había una especie de miedo, de premonición, de que algo no andaba bien con Lalo.

Y hombres tan acostumbrados a saltar vallas difíciles en la historia del país, como Ortiz, Tarigo, Rodríguez Camusso y, especialmente, como Jorge, tan cerca de Lalo —y hoy seguramente más cerca que nunca— de alguna manera sentían que algo se nos podía estar escapando de nuestro corazón con esa lucha de Lalo por sobrevivir a la mala jugada que le estaba haciendo su propio corazón.

Y aquí estamos, señor Presidente, ¿quién lo iba a decir? Un hombre lleno de vida, lleno de ingenio, de fina y cálida ironía pero, por encima de todas las cosas, un ser humano con mayúscula. Hoy nosotros estamos aquí reunidos en una circunstancia que me parece tremendamente extraña. Me pregunto qué especie de seres humanos somos los legisladores —¡qué cosa tan extraña; nunca lo había pensado!— que desarrollamos nuestra tarea en este hemiciclo, sentados en nuestras bancas y con estos micrófonos delante, expresando nuestros puntos de vista. Así lo hemos hecho y así lo seguiremos haciendo. Pero ¿cómo es posible que este sentido solidario de integrantes de un Cuerpo Parlamentario haga factible este milagro melancólico de estar, al mismo tiempo, sacando mala y penosamente desde dentro de nosotros lo que quiere ser una expresión de nuestros mejores sentimientos, también en este hemiciclo, sentados en nuestras ban-

cas y frente a estos micrófonos, cuando, quizás, lo normal, lo que todo ser humano desea hacer y lo que los demás esperan es que nos juntemos todos en un solo abrazo?

No voy a hablar mucho más, señor Presidente. De alguna manera siento que tengo derecho a hablar, pero, por el otro lado, tengo menos derecho a hacer uso de la palabra que algunos de mis colegas, porque a Lalo lo conocí hace muchos años, pero no me sentí amigo de él desde tanto tiempo como algunos de los que están en esta Sala. Me he sentido amigo de Lalo quizás a partir de 1980, cuando empezamos a compartir con Tarigo, Traversoni, Flores Silva, Lacalle, Posadas y tantos otros aquella aventura que fue "Opinar". Fue creciendo una amistad que luego desembocó en esta tarea de todos los días con una cercanía física no sólo en nuestras bancas sino, también, en nuestros despachos.

¡Pero qué difícil es determinar, señor Presidente, el momento en que el conocido se convierte en un amigo y cuando el amigo se convierte en un ser de esos que al faltar uno descubre cuán insustituible es!

¿Qué voy a hablar de Lalo periodista, si todos sabemos lo que era la pluma esplendorosa de Paz Aguirre? ¿Qué voy a hablar de Lalo como Parlamentario si todo está dicho? Yo no soy quien para agregar nada a lo dicho. Simplemente quería hablar de lo que ha sido Lalo como amigo.

Hace unos instantes, el señor senador Batalla decía que se ganaba el respeto y el afecto y que quedaban ese respeto y ese afecto. Para mí que no soy ni viejo ni joven, o, por lo menos, así me veo, pero que soy joven en esta inmensa responsabilidad del Parlamento, además de ese afecto, de ese respeto, recibí de Lalo —no sólo de Lalo, pero también de Lalo— apoyo para una tarea que hoy será menos vacilante que el 15 de febrero de 1985, pero que tantas veces requirió no sólo la palabra de alguien experimentado, inteligente y derecho, sino, también, de un hombre que no escondiera nada para orientar, aconsejar y dar a entender esto tan difícil, delicado y responsable que es la vida política.

Se nos ha ido uno de nuestros mejores hombres. No se trata de un partido que recibe condolencias y las agradece, señor Presidente; lo veo de otra manera. Todos recibimos y damos condolencias por la muerte de Lalo. Y si hoy está su banca vacía, mañana será ocupada por alguien con todo el derecho de hacerlo y a quien daremos, también, cerrando filas, como debe ser, nuestro afecto y apoyo, tal como lo hiciéramos con Lalo. Pero, mientras tanto, señor Presidente, permítaseme decir que voy a seguir viéndolo de espaldas, sabiendo que, a veces, con un chistido se daba vuelta y teníamos una conversación en serio, como también, en broma para aflojar tensiones; en fin, era una amigo que estaba cerca, porque los amigos son necesarios como el aire, como ese que le faltó esta mañana.

Pasará el tiempo y quizás veremos las cosas sin tener los ojos húmedos. Confieso que he llorado; en la mañana de hoy, como recordaba Ortiz, muchos hemos llorado en la Comisión de Constitución y Legislación. El tiempo ayudará a ver las cosas de otra manera. Mientras tanto, señor Presidente, sigo como esta mañana y como esta tarde preguntándome por qué: ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué tan pronto?

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Tiene la palabra el señor senador Pereyra.

SEÑOR PEREYRA. — Señor Presidente: el señor senador Ortiz, en nombre de la bancada del Partido Nacional, ha pronunciado un magnífico discurso. Su palabra serena de viejo luchador político, su palabra profunda de hombre de pensamiento, su palabra brillante de hombre inteligente, llena perfectamente la necesidad que sentimos los legisladores del Partido Nacional de volcar aquí el dolor por el compañero de Senado que ha caído y el homenaje al político que desaparece.

Pese a que el señor senador Ortiz habló en nombre de nuestro Partido, siento la necesidad de pronunciar algunas palabras por dos razones. En primer lugar, porque hace muchos años que somos compañeros de labor parlamentaria, desde el año 1962, en que ambos éramos representantes, hasta ayer o antes de ayer.

Segundo, porque Eduardo Paz Aguirre tuvo una larga marcha por el amplio campo de la política, signada, a veces, por enfrentamientos, pero que, en muchas ocasiones, va marcada por el afecto que crece entre las personas que cumplen una misma tarea que consideran de alto sentido nacional y, también, porque esas cosas, por momentos desagradables, de los enfrentamientos apasionados, como suelen ser en este recinto determinan la necesidad de decir que nada molesto ha quedado de aquellos episodios.

Reitero que conocí a Paz Aguirre en 1962 en circunstancias en que ambos desempeñábamos bancas en la Cámara de Representantes. Desde entonces tuve enfrente a un hombre con profunda vocación política, opinando sobre los problemas de nuestro país con solvencia y emitiendo sus expresiones con ese amor por la República y por la libertad que caracterizó su militancia. Conocí al hombre político, combativo —un fuerte y duro combatiente, como aquí se ha dicho— pero que, precisamente, por haberlo sido, mereció el respeto de todos nosotros.

¿Que muchas veces revestía sus palabras de pasión? Sí; casi todos los políticos lo hacemos y ¡pobre de aquellos que no sientan pasión cuando hablan de las cosas en las que creen! La pasión es el aditamento necesario para demostrar que quien habla no está procurando hilvanar pensamientos que no están arraigados en su conciencia; la pasión muestra que se cree en aquéllo por lo que se lucha y se dice, que se cree en la profesión y en el oficio que se ha elegido, en esta dura disciplina que es la del político.

Al hombre la vida le abre muchos horizontes y tras de ellos vamos todos hacia el mismo final. De la forma en que recorramos el camino dependerá la huella que dejemos sobre la tierra que pisamos. Unos beben en el inagotable manantial de la ciencia buscando su verdad; otros, por el sublime camino del arte tratando de encontrar la expresión maravillosa de la vibración de sus emociones, de sus sentimientos, de sus afinidades; y otros se

internan profundamente en este campo tan especial que es el de la vida política, y otros en diversas actividades.

Paz Aguirre fue un político auténtico.

Hoy el Senado de la República presenta un aspecto inusual: los senadores todos en sus bancas, las barras repletas, los compañeros de la Cámara de Representantes rodeándonos, nuestros colaboradores también, todos en una actitud de respeto por el compañero caído.

Aquí se ha evocado —y para mí sigue siendo un recuerdo imborrable— la noche del 26 y la madrugada del 27 de junio de 1973, con Paz Aguirre presidiendo la última sesión del Senado, antes de internarnos en la sombra de la dictadura. Todos nos juramentamos a continuar la lucha por la restauración de las instituciones democráticas; de aquí salimos llorando el eclipse de las instituciones, pero sabiendo que íbamos a reconstruir la democracia nacional. Hoy nos vamos de aquí sabiendo que no veremos nunca más al compañero que ha abandonado este mundo; su silla aún está vacía, pero en el ambiente está flotando el espíritu, la imagen y la huella del luchador caído al que le rendimos nuestro homenaje.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Tiene la palabra el señor senador Aguirre.

SEÑOR AGUIRRE. — Señor Presidente: el Senado de la República está reunido —como no podía ser de otra manera— para brindar su postrer despedida al señor senador Eduardo Paz Aguirre, cuya banca se encuentra vacía como testimonio mudo y doloroso de su asuencia física.

El señor senador Ortiz ha hablado en nombre de nuestro Partido y lo ha hecho con la justeza y la profundidad conceptual que son proverbiales en su trayectoria de brillante legislador; pero ello no nos impide hacerlo en forma personal para cumplir el irrenunciable deber de expresar nuestro instranferible sentimiento de respeto y, también —¿por qué no?— de afecto al colega y al compañero que ha caído en plena jornada, antes de haber concluido su pródiga cosecha con el martillo en las faldas y la vista fija en el yunque.

Hay otra razón para que haga uso de la palabra y esta es, más que la anterior, sólo mía. Tengo en mi debe un compromiso incumplido, contraído en este recinto, en este hemiciclo del Senado, precisamente con Eduardo Paz Aguirre, compromiso que declaro públicamente que cumpliré como el mejor homenaje que puedo y debo tributar a su memoria.

Dos años atrás tuvimos aquí, en este Cuerpo, entre la bancada del Partido Nacional y la bancada del Partido Colorado, apoyada la primera por la bancada del Frente Amplio, un duro pero respetuoso enfrentamiento, como son y tienen que ser siempre los nuestros. Esa discrepancia aquí ventilada se suscitó a raíz del propósito del Partido Nacional de derogar las mal llamadas Leyes Fundamentales 2 y 4, que configuraban el estatuto legal del funcionamiento de los partidos políticos, que, desgraciadamente, nos había legado la dictadura. Nosotros, los nacionalistas, estábamos por la derogación lisa y llana junto con el Frente Amplio; ustedes, los colorados, apoyaban la derogación parcial o el mantenimiento del estatuto vigente hasta que se tuviera proyectada una ley sustitutiva.

En aquella polémica, el señor senador García Costa llevó la bandera en nombre del Partido Nacional y Eduardo Paz Aguirre lo hizo por el Partido Colorado. Finalmente, se llegó a una transacción: se derogaban las Leyes Fundamentales Nos. 2 y 4 y se designaba —cosa que, por supuesto, se hizo— una Comisión Especial para preparar y hacer la nueva ley.

El compañero caído argumentaba, en la discusión pública, aquí en el Senado, así como en los corrillos y en las antesalas, que no se iba a hacer nada. Su experiencia se lo decía y me lo señaló personalmente. Para convencerlo de lo contrario, le expresé: "Me comprometo personalmente a trabajar y a sacar la nueva ley".

Luego, señor Presidente, poco se hizo; la Comisión se reunió en escasas oportunidades y aún estamos a fojas cero con responsabilidad de todos. Eso no se ha debido a un olvido del problema y de su trascendencia, sino a la multiplicidad de tareas y dificultades a las que continuamente nos vemos enfrentados. Ello ha hecho postergar lo que, en el transcurso de estos dos años, debía ser el tratamiento de un problema acuciante.

Públicamente manifiesto —y si desde el más allá Eduardo Paz Aguirre nos está escuchando, a él también se lo digo— que reitero el compromiso asumido, que no es sólo mío sino de todo el Senado o, por lo menos, de las bancadas del Partido Colorado y del Partido Nacional. De este compromiso hablamos recientemente en su despacho y en el mío, con mi querido amigo Américo Ricaldoni. Dictaremos, pues, como es nuestra obligación, una nueva ley de Partidos Políticos, porque los partidos y el país la precisan y porque así saldaremos la deuda que el Cuerpo tiene asumida.

Además, viene bien recordar el episodio porque revela una faceta de la personalidad del señor senador Paz Aguirre. Se ha dicho aquí, con razón, que sabía luchar con firmeza y de frente por sus convicciones; pero sabía, también, llegado el momento, como buen baqueano qué era en las luchas políticas, transar. Por ello y por otras razones, era un político nato y neto. Como integrante reciente de este gremio, como gusta decir el señor senador Lacalle Herrera, pienso que es el mejor elogio que puedo hacerle.

No tuve oportunidad de conocerlo personalmente hasta años recientes. Por supuesto, que desde muy joven, como persona interesada en los problemas políticos y del país, sabía quien era Eduardo Paz Aguirre: una personalidad distinguida dentro del Partido Colorado; un legislador que hacía honor al Parlamento Nacional.

Naturalmente que, como aquí se ha dicho y reiterado por varios de los que me han precedido en el uso de la palabra, fue un luchador de todas las horas contra la dictadura, contra esa pesadilla que se abatió sobre el país durante once años. Casualmente, mi primer encuentro con él se produjo a raíz de esas reuniones clandestinas que celebrábamos, tanto los que hoy estamos aquí sentados y otros que no lo están pero que nos acompañaron en esa lucha infatigable.

Si mal no recuerdo, ese encuentro tuvo lugar en la casa del Embajador Magariños de Mello cuando estába-

mos preparando la campaña de las elecciones internas, durante el año 1982. Creo que entre otros compañeros del Partido se hallaban presentes el Profesor Juan Pivel Devoto y el inolvidable Fernando Oliú; pero no tengo ninguna duda de que estaba presente, él debe recordarlo, el señor senador Jorge Batlle. Eduardo Paz Aguirre lo fue a buscar para una reunión política, esa ya no en un hogar, en la casa de un amigo, sino pública, en el departamento de Canelones. Me retiré con ellos, me dejaron en una esquina de Pocitos y luego siguieron, en el automóvil de Paz Aguirre, a cumplir con los deberes que sus conciencias les indicaban.

No quiero terminar mi exposición, señor Presidente, sin recordar con emoción, en este momento, el primer trabajo parlamentario en el que participé y que realicé al acceder a esta banca del Senado, y que fue anterior al primero de marzo de 1985, el cual se tradujo en la primera Resolución que el Senado aprobó durante esta Legislatura. En él colaboramos los senadores Paz Aguirre, Batalla y el que habla. Los partidos habíamos asumido el compromiso de reponer en sus cargos a los perseguidos por la dictadura. Bueno es que los muchos funcionarios que hoy están aquí, algunos de los cuales se reintegraron a esta Casa en esos días, sepan que se designó una Comisión, con el cometido, precisamente, de articular una Resolución que dispusiera el reintegro inmediato a sus cargos de las personas que habían sido destituidas por la dictadura, perseguidas por el "delito" de no ocultar sus convicciones políticas y su fe en los principios democráticos.

Para cumplir con el compromiso contraído por los partidos, los senadores Paz Aguirre, Batalla y quien habla nos reunimos y juntos, con la colaboración en alguna reunión del señor representante Forteza, redactamos la Resolución en cuyo mérito fueron reintegrados de inmediato un gran número de funcionarios del Palacio Legislativo que habían sido arbitrariamente destituidos por la dictadura y que, desde aquel entonces, felizmente, son nuestros compañeros de trabajo, porque tanto funcionarios como legisladores lo somos.

Se ha dicho —y yo lo reitero— que el señor senador Paz Aguirre era cortés, simpático, un caballero con la sonrisa a flor de labios y así lo recuerdo cuando, casualmente, nos cruzamos en el momento que él salía de su despacho y yo iba a una Comisión. Casi a diario nos veíamos porque nuestros despachos están ubicados en la misma ala superior de esta parte del edificio; generalmente nos saludábamos de una forma casi mecánica, ensimismados cada uno en sus problemas y preocupaciones políticas; pero ese día, no sé si fue por esa sonrisa fácil con la cual me encontré que, instintivamente y de una forma que no es habitual entre quienes se ven de continuo, le extendí la mano y, como no nos tuteábamos, le pregunté: "¿Cómo está, señor senador?". Cuando me respondió que muy bien, yo no podía suponer que esa era la última vez en que así, casi protocolarmente, nos íbamos a dirigir la palabra. Bien ha expresado el señor senador Singer que, para abandonar este mundo, el único requisito indispensable es encontrarse en él.

Señor Presidente: aquel atleta del pensamiento, aquel monarca del intelecto que fue don José Irureta Goyena, entre otras tantas virtudes tenía la de ser un maestro de la oratoria. En el discurso que pronunció en las exequias de un eminente ciudadano, el doctor Alfredo Vásquez Acevedo, con la hondura conceptual que le era propia y con la belleza incomparable, en la forma, que estilaba en todas sus oraciones, dijo Irureta: "Tal vez constituye un atributo de la muerte el dar a la vida sus verdaderas proporciones; los hombres necesitan jueces, y mientras andan por el mundo sin saber por qué ni para qué —aunque se hayan llenado gruesos infolios para explicarlo— sólo tienen amigos o enemigos, panegiristas o detractores; los primeros los ven muy altos y quieren la cruz para enaltecerlos, los últimos los ven muy bajos y reclaman la cruz para afrentarlos. La muerte nos vuelve lúcidos y fríos; nos abre el corazón y nos descubre sus secretos; arranca todas las máscaras; es el último filtro; si queda algo en su fondo, ese hombre era un hombre y Prometeo lo reconocería como su hermano; si no queda nada, ese hombre era un fantasma y se ha desvanecido como una sombra".

Eduardo Paz Aguirre, por supuesto, no era un fantasma ni se desvanecerá como una sombra. Como el hidalgo castellano, vivo quedará en la muerte, que es la manera más difícil de haber vivido y de pervivir.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Tiene la palabra el señor senador Capeche.

SEÑOR CAPECHE. — Señor Presidente: no era nuestro propósito hacer uso de la palabra porque nuestros compañeros ya han hecho conocer nuestros sentimientos. Pero no podemos permanecer en silencio en un momento tan doloroso como este, cuando en el Senado de la República se le rinde homenaje a un integrante del Cuerpo, que hasta hace pocos días ocupara una de estas bancas que hoy está vacía. Me refiero a don Eduardo Paz Aguirre, o Lalo, como lo llamábamos cariñosamente. Fue sorprendido por la muerte cuando el país más lo necesitaba.

Tuve la oportunidad de conocer al señor senador Paz Aguirre hace varios años, cuando empezó a trabajar en política en el departamento de Canelones y el destino nos obligó a enfrentarnos en las luchas internas del Partido Colorado. Quiero decir que nunca la pasión política ni los intereses personales pudo debilitar nuestra amistad.

Por eso, señor Presidente, digo hoy que con la muerte de Paz Aguirre, además de irse un colega, también considero que se va un gran amigo.

En el departamento de Canelones se supo hacer querer y respetar por su talento y bondad, brindando siempre optimismo y esperanza a quienes se acercaban a él en busca de una solución a los problemas que se nos plantean a los hombres públicos. Por eso hoy nuestro departamento lo recuerda con un profundo sentimiento.

Con el fallecimiento de don Eduardo Paz Aguirre, señor Presidente, digo que el país pierde a un gran hombre, su familia a un gran jefe de hogar, que nunca será olvidado.

Finalmente, solicito que la versión taquigráfica de las palabras expresadas en la noche de hoy sea enviada a sus familiares como mensaje de solidaridad en momentos de tanto dolor.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Así se hará oportunamente.

Tiene la palabra el señor senador Martínez Moreno.

SEÑOR MARTINEZ MORENO. — Señor Presidente: hemos oído en esta larga jornada del Senado, que fue convocado para rendir homenaje a Eduardo Paz Aguirre, toda una serie de sentimientos expresados de distinta forma, desde la más directa, tal vez como la que utilizó el señor senador Ricaldoni, cuando prácticamente abrió su corazón y pronunció su discurso —que quizá pueda ser una especie de monólogo interior, sin habérselo propuesto previamente— hasta aquellos que cuidaron la forma más solemne para decir un discurso enalteciendo la figura del homenajeado, cosa que todos han realizado.

Veo ahora la banca vacía de Lalo Paz, después de dos años y medio de estar acostumbrados a observarlo en ella, sonriente, bien dispuesto, trabajando. Ya no volverá a estar ahí Lalo, ni tampoco en la Comisión de Asuntos Internacionales.

He mantenido una larga amistad con él en el transcurso de 29 años, desde el día en que ingresó a la Cámara. La amistad que forjamos ha quedado interrumpida, quizás solamente limitada a la nostalgia de los sueños.

Todas estas cosas nos hacen pensar en que la tarde de hoy es doblemente triste. En primer lugar, porque sabemos de la partida inesperada de nuestro amigo, cuando mucho tenía que ofrecerle la vida a él y él al país.

En este momento queremos expresar nuestro sentimiento de persona acongojada y decir que con Lalo Paz muchas cosas pudieron separarnos pero otras nos unieron. Ambos supimos comprender la posición del otro cuando en diálogo se ponía de manifiesto, por ejemplo, una diferencia de opiniones.

Lalo se abrió camino en una vida que pareció muy fácil. Leyendo su currículum, podemos decir muchas cosas de su vida. Tuvo la suerte de representar en varias oportunidades al Uruguay en foros internacionales. Fue, diría, una persona elegida por los halagos de la vida, pero, también, como consecuencia de la acción de la dictadura y de los negocios para los que quizá no haya tenido la misma versación, vocación o suerte que para la política, las pasó amargas. Quizás alguna de esas amarguras ayudó, en este momento, a jugarle la última mala pasada.

Finalmente, hacemos un minuto de silencio, detenemos un momento nuestro hablar para rendirle homenaje a un amigo querido que se ha marchado cuando todos esperábamos más de él.

Nada más.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Tiene la palabra el señor senador Fá Robaina.

SEÑOR FA ROBAINA. — Señor Presidente: tanto los compañeros del Partido como los leales adversarios, según pienso, sin que en ello pueda verse ninguna exageración ditirámbica, han trazado las aristas más singulares que caracterizaron la personalidad del compañero Paz Aguirre. No estoy en condiciones de intentar siquiera hilvanar coherentemente un discurso; en todo caso, estoy sintiendo un poco esa sensación a la que hacían referencia los señores senadores Pozzolo y Ferreira. Sin embargo, hay algo que me impulsa, aun contra una fuerza interior, a decir dos palabras, porque en el futuro tengo miedo de que me reproche a mí mismo haber despedido en silencio a tan calificado compañero.

Durante una sesión de trabajo en la mañana de hoy —como recordaba el señor senador Ortiz— nos llegó, impactando a todos, la infausta noticia de la muerte de Paz Aguirre. Personalmente sentí un desgarrón. Es el efecto intransferible, personal que, según la modalidad y el carácter de cada uno, tienen estas noticias. En lo que a mí concierne, digo en voz alta lo que estoy sintiendo y es que formamos parte de esa generación de jóvenes de la misma promoción de Paz Aguirre en la que un hilo conductor nos llevaba al centro de quien era nuestro mentor, un hombre que fue, según creo y siento, no solamente una figura de singular relieve en el Partido, sino a quien todavía el país no le ha reconocido todo lo que a éste le dió, que fue Luis Batlle. Ese hilo conductor reunía en torno a Luis Batlle a aquellos jóvenes que recién empezábamos a acercarnos a la actividad política —y lamentablemente, para mi caso, hace de esto muchos años— y en lo que se refiere a Lalo, nuestro contacto inicial comenzó cuando por primera vez salía a la luz pública aquel diario que fundara Luis Batlle, "Acción". Allí nos conocimos, hacíamos periodismo y disfrutábamos de aquella intransferible situación de halago espiritual que se sentía en el trato con un hombre que, no obstante su apariencia, a veces de dureza, estaba preñado de un sentimiento de ternura hacia todos, por su comprensión humana y por su apego hacia los jóvenes. Deseaba abrir las puertas a todos para que el horizonte fuera más amplio. Junto a Luis Batlle, primero en el diario "Acción", siendo yo un estudiante del interior, quizá por la vocación paralela, a veces me olvidaba un poco de los Códigos de la Facultad para pasarme la mañana en esa redacción demorando mi carrera más de lo debido.

Son etapas de la vida de las que uno no se arrepiente. Y esos años que vivimos en contacto con esa generación de jóvenes de las que formaba parte Paz Aguirre —y por cierto que ocupando lugares prominentes— nos fueron llevando a cada uno por distintos senderos. Me trasladé a mi departamento haciendo política y comenzando, como todos, por la Junta Departamental, militando siempre en todas las instancias y volviendo al reencuentro con Lalo en la Legislatura que comenzaba en 1963 en la Cámara de Representantes, para seguir siempre unidos en ese vínculo amistoso para el cual era tan predispuesto su espíritu, según se ha señalado con justicia.

No quiero permanecer en silencio ante esta ausencia que resultará a sus compañeros y correligionarios algo muy duro y difícil de poder sobrellevar. No voy a abundar en más detalles porque serían reiterativos todos los encomios que, con justicia, hoy ya se han hecho a propósito de las virtudes que adornaban a Paz Aguirre. Digo solamente que aquel hilo conductor a que hacía referencia al comienzo de mis palabras, que nos llevaba a todos hacia ese imán que ejercía naturalmente sobre nosotros Luis Batlle, lleva ahora, en su viaje definitivo, a Lalo junto a Luis Batlle, porque junto a su tumba serán sepultados sus restos en el día de mañana.

Despido a este compañero y correligionario entrañable diciendo un poco con la rebeldía con que siempre hago referencia a este tema, que despido en Paz Aguirre a un político de raza, a un político que cualquiera sea el partido en que milite todos tenemos el deber de reivindicar cuando son denostados, despreciados, juzgados sin tener en cuenta que la política es una dura lucha, es un "stress" permanente, es una entrega que no siempre podrá lograr las metas y objetivos propuestos. Es preciso que, a veces, esa crítica fácil se detenga un instante a pensar que detrás de cada político hay un hombre con sentimientos, hay un hombre entregado muchas veces por pasión y vocación a la causa pública, dejando de lado el halago de la vida tranquila y muchas veces también la posibilidad de una vida económicamente mucho más próspera que la que puede tener un político. Por suerte, en nuestro Partido —y en todos— hay gente joven con vocación, dispuesta a demostrar que la causa pública seguirá teniendo servidores de la jerarquía, de la madera de que estaba hecho Eduardo Paz Aguirre.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Tiene la palabra el señor senador Traversoni.

SEÑOR TRAVERSONI. — En el transcurrir de esta sesión hemos salido prácticamente del formalismo de otro tipo de homenajes, porque es de una naturaleza distinta el despedir a un compañero y más aún si se trata de un entrañable compañero.

He escuchado a muchos señores senadores del Partido y algunos de otros sectores relatar las vivencias de años idos; he visto prácticamente reflejarse esas vivencias en los gestos sucesivos, evocativos y sentimentales de nuestro compañero Jorge Batlle. Nosotros, que no hemos tenido esa vivencia directa porque la vida nos hizo transcurrir casi todas sus etapas en la docencia y las circunstancias nos trajeron a la vida política; sin renegar de aquellas experiencias, nos lamentamos de no haber tenido las vivencias de estos compañeros y haber podido apreciar en toda su dimensión lo que en estos dos años y medio tan intensos pudimos intuir en la personalidad del compañero desaparecido.

No sólo las expresiones que nos enseñaba con su actitud de parlamentario, discutiendo, polemizando en Sala, sino en los trascendentales cuartos intermedios que jalonaron la vida política de estos años, cuando recibíamos de él sus iniciativas, intercambiábamos puntos de vista y luego, desde la bancada, él salía con la trasmisión de nuestro mensaje, porque sabíamos que iba a tener la adecuada receptividad en los otros señores senadores de los partidos que integran este Senado, para llegar a soluciones justas.

En estos días podemos decir que lo que daría en llamarse la clase política, está sacudida por una serie de mensajes tristes que trascienden las fronteras de los partidos. El último que nos llegó esta mañana nos ha conmovido profundamente. Sentimos que las trágicas situaciones de estos días en cierto modo desequilibran un orden natural forjado desde las distintas colectividades políticas y que ha puesto a cada uno en el lugar que le corresponde, desempeñando las tareas que le han sido asignadas con brillantez y eficacia.

Por eso, esa silla vacía que hoy tenemos es un testimonio de algo que, más allá de conmover nuestros corazones por la relación personal que pudimos mantener, lastima la política de la República y hace que nuestro llanto se una al de un pueblo que siguió a un dilecto dirigente partidario y hoy se ve privado de él.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Tiene la palabra el señor Vicepresidente de la República.

SEÑOR TARIGO. — Señor Presidente: he creído que en esta oportunidad me iban a resultar escasos los tres minutos que el Reglamento concede para el fundamento de voto, que es la única ocasión en la que puedo hacer uso de la palabra desde el sitial de la Presidencia.

El señor senador Martínez Moreno tenía razón cuando decía que las palabras pronunciadas en la sesión de hoy han sido de distinta naturaleza por la sacudida producida por la noticia de la muerte de Eduardo Paz Aguirre.

No voy a pronunciar una oración fúnebre ya que ellas, por lo general, son difíciles de pronunciar por aquellos que sienten muy profundamente la muerte del hombre a quien se despide. Además, los discursos fúnebres necesitan prepararse y no pueden improvisarse.

La sesión de hoy ha estado plena de testimonios personales de profunda calidez, por lo que quiero sumar el mío a los que aquí se han expresado.

Conocí a Eduardo Paz Aguirre en los primeros meses del año 1947, es decir, hace 40 años redondos. Quizás con la sola excepción del señor senador Batlle, soy quien lo conocía desde más antiguamente de quienes nos encontramos en el Senado de la República.

En 1947 ingresamos juntos a la Facultad de Derecho, Eduardo Paz Aguirre, el señor senador Batlle, el hoy señor representante Francisco Forteza y tantos otros compañeros y amigos y entablamos allí una profunda amistad, tal como ocurre cuando se tienen 18 ó 19 años y que, por lo general, perdura el resto de la vida.

No sólo ingresamos en forma conjunta a la Facultad de Derecho, sino que casi de inmediato, al año siguiente, una vocación, que en algunos de ellos era tremendamente política y en otros quizás no era tanta, nos unió para formar una agrupación estudiantil, que ganó las elecciones en esa casa de estudios, a pesar de que éramos apenas estudiantes de segundo año de Facultad.

Evoco este recuerdo porque creo que tiene una validez que va más allá de lo episódico. En aquel entonces, en la Facultad existían dos agrupaciones: Acción Universitaria, de tendencia claramente conservadora, y Lucha Universitaria, de ideología de izquierda.

Nosotros formamos una agrupación que se llamó Gremialismo Auténtico, que pretendía despolitizar en algo aquel ambiente tan cargado de sugerencias extrañas a la Facultad, a los efectos de ocuparnos de lo que a ella concernía, creando una oficina de apuntes en el Centro de Estudiantes de Derecho, que fue, andando los años, el germen que luego constituyó la Fundación de Cultura Universitaria.

Digo esto porque han pasado 40 años y Paz Aguirre y yo seguíamos pensando lo mismo y los demás, seguramente, también. Es decir que la actividad en la Facultad no debía ser prescindente en el aspecto político, pero que debía ocuparse, fundamentalmente, de sus necesidades, de sus cursos, de sus libros, de sus apuntes, etcétera.

Fueron aquellos unos años espléndidos, los años de la mocedad, de la lucha, de los ideales, de la amistad, de la sana camaradería, cuando se es amigo simplemente porque ello se siente, sin cálculo y sin trasfondo de ninguna naturaleza.

Luego, la vida nos fue separando. Eduardo Paz Aguirre era un hombre esencialmente político y la política lo absorbió. Yo no sentía esa vocación sino que en mí predominaba la del Derecho y éste también me absorbió. Sin embargo, cada tanto, mis inquietudes por el Derecho me llevaban a buscar en Eduardo Paz Aguirre algo así como un intermediario para poder acercarme al poder político que yo sentía tan lejano.

En sus tiempos de representante, Eduardo Paz Aguirre se había especializado en esa profusa y compleja legislación de arrendamientos y desalojos. Como se trata de un tema que es en parte procesal y también sustancial, más de una vez lo busqué para hacerle alguna sugerencia, para proponerle algún nuevo instituto o modificación a la legislación vigente, no en las soluciones de fondo —prórrogas o suspensión de los desalojos— sino en el mecanismo puramente procesal.

Recuerdo —y es curioso porque esto no me ha ocurrido sino en el día de hoy— especialmente una conversación en la que le propuse una modificación —el señor senador Batlle se va a reír— algo que se llama "el incidente de contraprueba en los desalojos causados o de excepción por única propiedad".

Recuerdo que luego de la charla, salí con la impresión de que mi viejo amigo no había terminado de entenderme o de valorar la importancia que yo le atribuía a aquella ligera modificación en una humilde ley de desalojos. Pero me ha tocado, al cabo de tantos años, integrar el Parlamento y advertir cómo a veces los juristas queremos hacer una especie de microcirugía y le pedimos al legislador que la haga y nos mostramos severamente críticos cuando no la lleva a cabo tal como queremos, sin pensar que el legislador es una especie de cirujano de guerra, que tiene que atender una materia mucho más compleja que no permite esas exquisiteces o esos preciosismos.

Reencontré a Eduardo Paz Aguirre en el año 1980, cuando el país tenía una chance —mínima, pero una chance al fin— de poder revertir aquellos años de dictadura y descaecimiento de las instituciones y cuando empezamos a hacer —los que podíamos hacerla, porque no estábamos proscriptos— la campaña propagandística por el "No" en el plebiscito de noviembre de 1980. Y Eduardo Paz Aguirre fue, entre tantos otros, un espléndido colaborador y auxiliar. No olvidaré nunca que él me abrió la vieja casona de Dn. Tomás Berreta en la ciudad de Canelones para que yo, que no estaba proscripto, pudiera allí, un sábado a las tres de la tarde, pronunciar un discurso, ante la gente que se pudo congregar en el lugar, a los efectos de hacer conocer las soluciones horrorosas que contenía aquel malhadado proyecto de constitución que se nos quería imponer.

Hicimos luego la campaña de las elecciones internas y la campaña nacional; pero antes emprendimos aquella espléndida aventura que fue la de fundar un semanario opositor un mes antes del plebiscito. Y en ese semanario opositor —que tuve el honor de fundar junto con el hoy senador José Luis Guntin y con el hoy diputado Luis Hierro López— Eduardo Paz Aguirre fue un excelente periodista y colaborador, que semana a semana cubría su espacio con una nota que por lo general era seria, muy fundada y razonada, pero que de tanto en tanto sustituía —con un estilo absolutamente distinto del habitual, a tal punto que parecían escritos por otra persona— por artículos de un humor, de una ironía y de una fineza en el ataque subliminal —que había que descubrir entre líneas— en aquella crítica al régimen y a la situación, que resultaban realmente estupendos.

En la campaña electoral de 1984, cuando el Partido me hizo el honor de nominarme como candidato a la Vicepresidencia de la República, traté de cumplir con el deber de ser equidistante entre todos los grupos del Batllismo Unido que propiciaban la candidatura del doctor Sanguinetti y la mía; pero confieso —lo he confesado siempre porque lo hice a sabiendas— que quizá en uno de los pocos departamentos donde no fui ecuánime en las divisiones que siempre existen dentro de un partido y dentro de un sector entre las distintas listas que propician candidatos diferentes a la Intendencia y a la diputación, ni en mi acceso o en mi aceptación a concurrir a actos políticos, fue en el departamento de Canelones, porque una de esas agrupaciones políticas tenía el patrocinio de mi viejo y querido amigo Eduardo Paz Aguirre a quien yo, más de 30 años después de conocerlo, podía, por esas circunstancias desusadas o raras de la vida, prestarle apoyo.

He querido evocar —en esto que no es una oración fúnebre, sino un testimonio personal— el comienzo y el fin de esta hermosa amistad de 40 años que he tenido el honor de mantener con Eduardo Paz Aguirre, compartiendo siempre las mismas ideas, los mismos ideales, sabiendo que entre nosotros había —como hay entre quienes quedamos todavía de aquella generación de aquella época— una profunda fraternidad, una profunda hermandad que es tanto o más importante que esa comunidad de ideales que nos agrupa y que es lo que ha de determinar la conducta de todos nosotros al servicio del Partido Colorado y al servicio de la República.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Tiene la palabra el señor senador Senatore.

SEÑOR SENATORE. — Señor Presidente: no podía dejar pasar esta sesión sin volcar en ella la emoción que me provoca la desaparición física de Lalo Paz Aguirre.

Como decía el doctor Tarigo, no voy a hacer una oración fúnebre; simplemente voy a recordar la forma en que conocí a Eduardo Paz Aguirre, cuando él ingresa a la Cámara de Representantes y yo —en la modesta y anónima labor que hacemos quienes integrábamos la administración, cuando alguna norma que se estudia roza temas importantes vinculados con los organismos de la Ad-

ministración Central— concurría frecuentemente al Palacio Legislativo.

Desde que toda mi actuación administrativa se desarrolló en las oficinas impositivas —cuando éstas aún no estaban agrupadas con el nombre de Dirección General Impositiva— estuve siempre muy interesado en las distintas leyes que se dictaban y mi concurrencia al Palacio Legislativo se remonta al año 1950. Eduardo Paz Aguirre accede a la banca de diputado en 1959; recuerdo que ese año —pero especialmente en 1960— la actividad de los funcionarios de la administración adquirió mayor importancia a raíz de la solicitud del entonces senador Washington Beltrán en el sentido de que se formara una Comisión presidida por un distinguido tributarista, el profesor Valdés Costa y otros destacados expertos en la materia. El que habla prestó su modesta colaboración, integrando esa Comisión que trabajó mucho, tratando de crear una nueva estructura tributaria y fiscal en nuestro país. Este tema provocó muchas inquietudes en los señores legisladores. Y a raíz de la conversaciones a ese respecto, conocí a Eduardo Paz Aguirre. No podría decir cuándo ese conocimiento cordial —como no podía ser de otra manera, tratándose de él— pasa a transformarse en una amistad muy especial. Los dos militábamos bajo la misma bandera del batllismo, aunque teníamos algunas discrepancias, puesto que nuestras tendencias no eran las mismas.

Todo eso nos unía y así siguió hasta que —los hechos son notorios— dejé el Partido Colorado, el Batllismo, e ingresé a la coalición frenteamplista, pero siempre seguimos manteniendo con el señor senador Paz Aguirre la misma cordialidad y el afecto que habíamos cimentado a través de unos cuantos años, en esa labor que no era legislativa, sino concurrente con la función que desempeñaba.

Ahora, señor Presidente, ocupando esta banca de senador, siento, desde luego, la emoción y el choque que a todos nos ha producido su desaparición física.

Por lo tanto, no podía evitar convocar este recuerdo para dejar un testimonio de mi emoción, porque por esos designios inescrutables que traza el destino hoy siento aquí la falta del amigo Paz Aguirre, de ese hombre que conocí allá por el año 1959.

Señor Presidente: no conviene callar esos recuerdos —aunque no tengan mucha relevancia— en momentos como éste porque, de no hacerlo seguramente, seguiría reprochándome, después de retirarme de esta Sala, el no haber dicho una sola palabra de cuándo conocí y cuánta vinculación tuve con Lalo Paz Aguirre.

Nada más, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Dése cuenta de un Mensaje remitido por el Poder Ejecutivo a este Cuerpo.

(Se da del siguiente:)

"Montevideo, 28 de julio de 1987.

Señor Presidente de la
Asamblea General del Poder Legislativo
Dr. Enrique Tarigo.

El Poder Ejecutivo tiene el alto honor de dirigirse a ese órgano legislativo, en cumplimiento a lo dispuesto en el artículo 1º del Decreto-Ley Nº 14.458, del 11 de noviembre de 1975, a efectos de poner en su conocimiento que por resolución del día de la fecha se dispuso la rendición de honores fúnebres a los restos mortales del señor Eduardo Paz Aguirre.

Saluda a usted con la mayor consideración.

JULIO MARIA SANGUINETTI, Presidente de la República; **Antonio Marchesano, Juan Vicente Chiarino, Ricardo Zerbino.**

MINISTERIO DEL INTERIOR
MINISTERIO DE ECONOMIA Y FINANZAS
MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL

Montevideo, 28 de julio de 1987.

VISTO: que en el día de la fecha falleció el señor Eduardo Paz Aguirre, quien se encontraba ejerciendo el cargo de Senador de la República;

ATENTO: a lo dispuesto en el artículo 1º del Decreto-Ley Nº 14.458, de 11 de noviembre de 1975;

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

R E S U E L V E

1º) Tribútense honores de Senador de la República a los restos mortales del señor Eduardo Paz Aguirre.

2º) Los gastos del sepelio serán de cargo del Tesoro Nacional.

3º) Dése cuenta a la Asamblea General, comuníquese, etc.

JULIO MARIA SANGUINETTI, Presidente de la República; **Antonio Marchesano, Juan Vicente Chiarino, Ricardo Zerbino".**

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Téngase presente.

SEÑOR BATLLE. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR BATLLE. — Señor Presidente: las palabras pronunciadas por los señores senadores me han ayudado, en cierta medida, a recobrar un poco la tranquilidad emocional como para poder hacer uso de esta tribuna, tan sólo para agradecer todo lo que aquí se ha expresado.

Por cierto, como bien lo ha dicho el doctor Tarigo en esta Sala, soy quien más largamente ha convivido con el señor senador Paz Aguirre.

Pienso que las opiniones que se han vertido son tan claras tan precisas, en cuanto a definir sus cualidades y sus perfiles más esenciales que nada más podría agregar respecto a los preciosos conceptos vertidos, por todos los señores senadores de todas las colectividades políticas.

Quizás esta extraña y particular circunstancia de ausencia y presencia, le ha posibilitado a mi hermano, el señor senador Paz Aguirre, que el Senado de la República haya demostrado, una vez más, la calidad moral de sus integrantes y del Cuerpo en su totalidad. Es un servicio más que le ha hecho al prestigio de estas instituciones que tanto quiso y defendió.

Quiero agradecer, pues, todo lo que aquí se ha expresado, no en nombre de mi Partido, sino de su madre y de sus hermanos, así como también en nombre de mi madre, de mis hermanos y de mí mismo. Como ustedes saben, nosotros fuimos siempre considerados hijos por nuestras respectivas madres. Cuando ingresé como senador a este Cuerpo sabía que Lalo se sentaba acá y tuve la fortuna de poder sentarme a su lado, en el sillón que ocupaba Luis Batlle en su momento. Como bien se ha dicho, Paz Aguirre era uno de los hombres por los cuales el señor Luis Batlle tuvo mayor aprecio, consideración, respeto y, justo es decirlo, entrañable debilidad. Sé cuánto le dolió la muerte de mi padre, como a mí la del suyo y sé, además, que me va a parecer imposible venir a este recinto y no encontrarlo a mi lado.

Mañana lo vamos a enterrar en el lugar donde descansa mi padre y, por lo tanto, será el primero de nosotros que lo acompañe.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Dése cuenta de una moción llegada a la Mesa.

(Se da de la siguiente:)

"Ante el fallecimiento del señor senador Eduardo Paz Aguirre el Senado resuelve:

1) Ponerse de pie como expresión de homenaje y congoja;

2) Remitir a sus familiares la versión taquigráfica y nota de condolencias;

3) Facultar a la Mesa para designar un orador que represente al Cuerpo en el acto de inhumación de sus restos;

4) Enviar ofrenda floral y participar por la prensa;

5) Hacerse cargo de los gastos de sepelio.

Jorge Batlle, Alberto Zumarán, Raumar Jude, Carminillo Mederos, Hugo Batalla, Dardo Ortiz, Juan Raúl Ferreira, Carlos J. Pereyra, Gonzalo Aguirre Ramírez, Américo Ricaldoni, Manuel Flores Silva, Luis Bernardo Pozzolo, Juan A. Singer, Juan Carlos Fá Robaina, Pedro W. Cersósimo, A. Francisco Rodríguez Camusso, Reinaldo Gargano. Senadores."

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — En consideración.

Si no se hace uso de la palabra se va a votar.

(Se vota:)

—29 en 29. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

Se invita al Senado y a la Barra a ponerse de pie.

(Así se hace)

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — La Mesa, de conformidad con lo que dispone la moción, designa para hacer uso de la palabra en el acto de sepelio en representación del Cuerpo, al señor senador Batlle.

4) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Pedro W. Cersósimo). — Se levanta la sesión.

(Así se hace, a la hora 21 y 20 minutos, presidiendo el señor senador **Cersósimo**, estando presente el señor Vicepresidente de la República doctor **Tarigo**, y los señores senadores **Aguirre, Batalla, Batlle, Capeche, Fá Robaina, Ferreira, Flores Silva, García Costa, Gargano, Guntin, Jude, Martínez Moreno, Mederos, Olazábal, Ortiz, Pereyra, Posadas, Pozzolo, Ricaldoni, Rodríguez Camusso, Senatore, Singer, Tourné, Traversoni, Ubillos, Zorrilla y Zumarán**).

Dr. ENRIQUE E. TARIGO
Presidente

Dn. Mario Farachio
Dn. Félix B. El Helou
Secretarios

Dn. Jorge Peluffo Etchebarne
Director del Cuerpo de Taquígrafos

Depósito Legal 205.147/87